

Escritura, oralidad e ideología. Hacia una reubicación de las fuentes escritas para la historia antigua

JUAN CASCAJERO
Universidad Complutense. Madrid

RESUMEN.— La existencia de multiplicidad de prejuicios históricos, otrora interesadamente difundidos, la disposición, aún hoy, de toda una red de mitos intelectuales y sociales, el gratuito prestigio concedido a funestas teorías de la sociedad, no obstante ser teóricamente infundadas y empíricamente falsas, predisponen al historiador de la Historia Antigua a hacer un uso incorrecto de las fuentes en general y de los restos escritos, en particular. Por lo que se refiere a estos últimos, sólo un examen sosegado de sus concretas condiciones de gestación y transmisión, acompañado del desbrozamiento paralelo, tanto de las falsedades teóricas como de las mitologías aludidas, puede ayudar a redefinir su alcance y límites. La reubicación resultante muestra, diáfananamente, cuán oscuro está «El futuro del pasado», cuán desvalida la Historia Antigua, sin la fraternal asistencia de las otras ciencias sociales.

I

Todo trabajador manual experimentado tiene bien aprendido, sin poder precisar, seguramente, cómo ni desde cuándo, en qué medida su trabajo depende de la perfección del instrumental que usa. Así, se emplea el horticultor a ajustar los mangos de sus azadas, antes de emplearlas, como concienzudamente se aplica el marinero, o, más bien, hace que se apliquen sus mujeres, al repaso de sus redes antes de salir a la mar. Cuida, así, el segador castellano su hoz, como mima el paisano cántabro su guadaña, interrumpiendo ambos, de vez en cuando, su faena para, mientras dan aliento a sus cansados cuerpos, atender a sus herramientas, al tiempo que, dando un paso atrás, contemplan el curso de la faena. Limpías y convenientemente engrasadas sólo usa el podador sus tijeras y hachas, abandonando de vez en cuando la poda para, desde la distancia conveniente, determinar mejor

qué rama debe cortar, qué brote hay que pinzar y qué otro conviene potenciar.

Si resulta imprescindible para todo trabajador manual, y también para el intelectual, la adecuada preparación instrumental, si aún sigue valiendo la pena examinar, en parada estratégica, la validez de los medios utilizados y la forma en que se usan en función de los fines específicos que se persiguen, si no constituye una simple pérdida de tiempo y de fuerzas el detenerse, dar un paso atrás y observar con calma y rigor el curso de la obra iniciada, ¿por qué no detenerse, entonces, para procurar ver con un poco de calma con qué tipo de instrumentos y con qué usos concretos de los mismos se viene construyendo la Historia Antigua? La parada reflexiva resulta no sólo justificada sino también conveniente, e, incluso, necesaria. Sobre todo, si cabe, cuando el fin último que se persigue, como es el caso, es el acercamiento, sin retirar la mirada del mundo actual, a las condiciones de existencia de las gentes y pueblos, separados de nosotros no sólo por la distancia de los tiempos sino también por bien tejidas marañas ideológicas, concienzudamente dispuestas a lo largo de los siglos. Más apremiante, aún, resulta la revisión instrumental cuando la aproximación a esas condiciones de existencia se pretende lograr a través del estudio de sus producciones ideológicas, de sus valores y actitudes, de sus sensibilidades y preocupaciones, de sus concepciones del mundo, formas de conciencia y representaciones mentales. Porque éstos fueron siempre múltiples, y no únicos, obstaculizando los unos, tan tenaz como interesadamente, el desarrollo de los otros, dándose el caso, además, de que los mismos que fueron impedidos y perseguidos en su tiempo, han seguido siéndolo, indefinidamente, en el curso de los siglos, en tanto que resultaban, al mismo tiempo, potenciados sus adversarios.

Hay, por tanto, un doble obstáculo, a su vez, también de carácter esencialmente ideológico, que cierra el paso al pretendido acercamiento a las ideologías de la Antigüedad. En primer lugar, la presencia de una gran fuerza ideológica que, apoyándose no sólo en sus propios recursos sino también, y sobre todo, en la fuerza económica y militar que la sustentaba, logró, a través de la intimidación, controlar, hasta donde le era posible, la manifestación externa de otras ideologías competidoras, siendo capaz de ofrecer, quizás ya en su época y, desde luego, en la nuestra, una falsa imagen de predominio casi absoluto sobre las demás, dejando en el estudiantado una rara imagen de uniformidad mortecina en la manera de ver y sentir las cosas por parte de los hombres y mujeres de aquellos tiempos. Un mundo antiguo, profundamente roto en sus pueblos y en sus gentes, con distinta salud, esperanza de vida, poder y recursos, se presenta a sí mismo, sin embargo, como una unidad afectiva e intelectual, dulcemente complacida con su vida y su destino. Si esto no es posible, si este panorama nos parece racionalmente repugnante y empíricamente contradictorio, la solución a la dicotomía presentada ha de venir de la potenciación de uno de sus extremos, con la natural postergación del otro. Dicho de otro modo, a no ser que

ya no sea necesario vincular las producciones ideológicas con las relaciones sociales que las sustentan, o bien el mundo antiguo no fue un mundo roto socialmente, ampliamente fracturado en el espacio y en el tiempo, sino más bien una especie de paraíso social, el mundo de Cronos redivivo, y ya no será necesario preocuparse, entonces, por el destino de la humanidad, porque bastará reproducir el pasado para extender la felicidad por todo el Planeta. O bien, el monolitismo ideológico que las fuentes ofrecen es falso, en el sentido de que sólo dibujan una parte del paisaje, oscureciendo, interesadamente, las demás, dando, en consecuencia, una imagen engañosa de una realidad mucho más rica y plural.

Existe, en segundo término, otro obstáculo, quizás menos perceptible, pero no menos eficaz, que reside en la forma misma en que los historiadores han ido haciendo la Historia, desarrollando su instrumental, enseñando, adoctrinando e imbuyendo a las siguientes generaciones en unos usos y costumbres, a veces útiles, a veces perniciosos, asentando unos modos de hacer, con frecuencia acríticamente aceptados y transmitidos, que ridiculizan esa parada reflexiva por innecesaria, en tanto incitan y premian el seguidismo obediente del «más de lo mismo». Y es que los historiadores que han hecho la Historia de las Ideologías eran ellos mismos portadores de una ideología, aunque pretendieran no poseerla e, incluso, se rebelaran contra ello, más próxima de lo que pudieran ser conscientes a aquellas otras que se le ofrecían triunfantes en la Antigüedad. También ellos, por otra parte, estaban interesados en ennoblecer el valor de la producción escrita de aquellos otros intelectuales, presuntos portadores de los bienes de cultura y progreso, en la misma medida en que ellos mismos aspiraban a ser reconocidos en épocas posteriores reclamando, así, dignidad a su noble oficio, en tanto que la deslegitimización, despreocupación despectiva o, incluso, negación de las opciones ideológicas adversas suponía la traducción de su actitud desdeñosa hacia otras alternativas contemporáneas.

Si fuera lícito recurrir al viejo uso retórico usado por los antiguos escribanos cultos y hacer resucitar del pasado a un miembro corriente de cada uno de los grandes grupos sociales de la Antigüedad, para confrontarle con el pañorama afectivo e intelectual que hoy se le otorga, sin duda, que se provocaría en ellos enormes sorpresas, pero de distinto signo ¹.

¹ La licencia literaria concedida, resulta no sólo válida sino útil, si se tiene en cuenta, con P.A. BRUNT (*La caduta della Repubblica romana*, Roma-Bari, 1990) que la línea que separa al novelista histórico, que se mueve en el terreno del «cómo pudo ser» del historiador que busca acercarse al «cómo fue» reside, sobre todo en la intención: *La linea che separa lo storico dal romanziere sbiadisce: differiscono, l'uno dall'altro, principalmente nelle intenzioni. Il romanziere mira a una coerente verosimiglianza per illustrare aspetti universali della natura umana; per lo storico la verosiglianza è uno strumento con cui egli cerca di trovare ciò che effettivamente accade* (p. 141). Tiene valor su aserto cuando proviene de un autor tan prudente y escrupuloso en el uso de las fuentes, como demuestra en las palabras que ponen fin

Agradable sorpresa, asombro sin límites para un eupátrida griego o para un patricio romano y amplia sonrisa, incrédula de lo que se le ofrecía, al comprobar cómo los artesanos de la Historia les otorgaban gratuitamente mucho más de lo que nunca, en el mayor de los optimismos, se hubieran atrevido a soñar: una sociedad entera, sin grietas, compacta desde el primero hasta el último escalón de la misma, pensando lo mismo que ellos, queriendo lo mismo que ellos, luchando por lo mismo que ellos. Si ello ocurriera, en cambio, con un esclavo, con un siervo o con un temporero, pasados los primeros momentos de estupor, habría de reaccionar encolezado, porque, si sus amos les habían robado el fruto de su trabajo o, incluso, sus vidas, ahora, unos herederos de sus amos, tan frecuentemente atiborrados de erudición como abstemios de capacidad comprensiva, no dudaban en arrebatárselos lo único que no pudieron quitarles aquéllos: sus almas.

Por una doble vía se debe intentar huir de este dislate. De un lado, usando el instrumental adecuadamente, es decir para aquello para lo que sirve, para nada más y para nada menos, pero, por otro y al mismo tiempo, procurando eliminar, con el respeto que puedan merecer otras alternativas, los malos usos y costumbres que se han sucedido en su utilización, procurando no sólo perfeccionar el valor del instrumento para el fin específico a que se ordena, sino también, si fuera necesario, buscar otros medios más adecuados si la faena así lo requiriese. Disminuir el calibre de esa hipotética sorpresa, *intentar otorgar con más tino a cada uno lo suyo*, a los ricos y a los pobres, como a esos grupos diversos cuya sensibilidad propia tan frecuentemente les ha sido arrebatada bajo la denominación despectiva de «masas»: ese es el objetivo.

a su obra citada: *Può darsi che a volderne anch'io abbia enunciato le mie conclusioni con troppa sicurezza: è fastidioso presentare ciò che sembra ragionevole credere in base ai documenti ripetendo a ogni piè sospinto che un certo grado di probabilità è il massimo a cui si può legittimamente pretendere. Lo storico di Roma può essere assomigliato a uno che si affacci all'ingresso di una cavaerna di dimensioni smisurate, in gran parte immersa in un'oscurità impenetrabile, ma rischiarata qua e là dall'incerta fiammela di qualche candela.* El ejemplo de uso más reciente de la imaginación razonable como instrumento histórico, cobra protagonismo, sobre todo, aún estando presente en muchas de sus obras, en G. DUBY, *La historia continúa*, Madrid, 1992. Por otra parte, ¿por qué no utilizar el más sencillo de los lenguajes para, así, poniendo una nota de alegría en la fiesta, afrontar mejor las muy doctas, eruditas y profundas construcciones de los escoltas del conservadurismo? Quizás, de este modo, se logre sazonar, una pizca, al menos, a tanto sabio como hay, empeñado, ¡ay!, en proclamar su autoridad cognitiva con la constante referencia a su gravedad académica, hostigándole en un doble frente. De no ser así (son incombustibles), siempre me resta el consuelo de intentar rendir, a través de la tensión entre forma lingüística y contenido expresado, un fugaz homenaje al autor de *Jargon der Eigentlichkeit* (Frankfurt, 1967), Teodor W. ADORNO, con breve, pero testimonial uso ideológico alternativo del propio lenguaje, para variar, atrayendo de paso ¡qué bien! el rechazo y la ira de los tipos intelectuales dominantes.

II

Parece inobjetable que la gran mayoría de fuentes escritas tradicionales, que se vienen usando para la reconstrucción de las ideologías de la Antigüedad sólo son *los restos de la producción intelectual de la clase propietaria*, entendiéndose por ello no sólo que todos sus creadores pertenecieran al citado grupo, sino comprendiendo también, aunque en menor medida, a aquellos otros, que, sin pertenecer a él de hecho, por necesidad económica o por deseo de mejora personal, aspiraran a fundirse con él o a ganarse su confianza. Así lo he venido señalando repetidamente ² procurando destacar el limitado alcance de unas fuentes, cuyo uso debe circunscribirse a la propia clase propietaria y aledaños, puesto que de ella surgieron o por sus manos pasaron, aunque de ella, en algún caso, no nacieran directamente, siendo, por tanto, mucho más problemática su aplicabilidad al resto de la población. La visión del mundo que contienen resulta limitada, así, no sólo por lo restringido de su origen, sino también por lo reducido de su destino. En otras palabras, construidas por unos pocos, aspiraban a ser leídas por unos pocos. No es suficiente, sin embargo, para demostrar la coherencia de esta reflexión, la constatación, mediante la ubicación social de los grandes autores de la Antigüedad, de su origen y vinculaciones, sino que es preciso, además, dejar sentado que no habría podido ser de modo diferente de como fue, dadas las circunstancias históricas. Enuncian, decía, las vivencias de unos pocos, contadas por unos pocos. Estrecho círculo que no puede ser, en nuestro tiempo, injustificadamente roto para afirmar que sus contenidos alcanzaban una dimensión más amplia, incluso, general. Sólo unos pocos, de unos pocos lugares, habrían logrado estar en condiciones de expresarse con la altura de formación intelectual que sus obras denotan. Sólo unos pocos, ya con la suficiente preparación, habrían disfrutado de los recursos necesarios, además, para sortear las múltiples dificultades de todo orden que planteaba la publicación de sus textos, así como de eludir la acción, más férrea de lo que frecuentemente suele considerarse, de la censura o de la inflexible reprobación de los poderosos. Sólo unos pocos, cumplidas ya las tres condiciones previas citadas para lograr la publicación de sus obras, serían capaces de verlas sortear con éxito las innumerables dificultades de transmisión y conservación que los siglos venideros habrían de oponerles hasta llegar a nuestra época. Pero la más aplastante mayoría de las gentes de los amplios espacios históricos de la Antigüedad, de campos y ciudades, del centro como de la periferia, por más que sus contenidos no dejaran de afectarles, permanecieron absolutamente al margen

² Véase, especialmente. «Lucha de clases e ideología en la Tardía República», *Gerión*, 8, 1990, esp. pp. 116-139; «Lucha de clases e ideología. Introducción al estudio de la fábula esópica», *Gerión*, 9, 1991, pp. 11-58; «Lucha de clases e ideología. Aproximación temática a las fábulas no contenidas en las colecciones anónimas», *Gerión*, 10, 1992, 23-63.

de estas creaciones intelectuales. Esas inmensas mayorías no supieron, ni hubieran podido saber, expresar por escrito sus vivencias dado su grado de analfabetismo³. Esas inmensas mayorías, aunque hubieran llegado a saber, lo que, de hecho, habría de resultar históricamente casi imposible, no pudieron, ni habría podido ser de otro modo, dar publicidad por escrito a sus formas de pensamiento en forma predurable, dadas las múltiples e insalvables barreras económicas, políticas e ideológicas que se lo habrían impedido. Esas inmensas mayorías, en muchas ocasiones, no quisieron, tampoco, expresarse ni definirse, lo que resulta ser muy diferente a estar de acuerdo con los alegatos de las minorías, no a causa de la siempre dudosa eficacia de los mecanismos de acción ideológica de la clase propietaria, sino, por elemental sentido de prudencia, para evitar la inmediatez de unas represalias suscitadas siempre por las actitudes contestatarias. Pero también, y con más frecuencia de la que suele concedérseles, se expresaron, pero, naturalmente, a través de sistemas de comunicación capaces de soslayar las múltiples barreras, de saber y poder, que su época les oponía: entre otros, mediante la palabra hablada, a veces sapiencial, a veces poética, pero casi siempre, por su cotidianeidad, sin posible ubicación literaria, estrechamente ligada a las inquietudes y sentimientos de las gentes entre las que nacía y se propagaba con mucha mayor fluidez y menos dificultades de lo que pudieran haberlo hecho nunca las manifestaciones escritas.

Todavía hoy se sigue recibiendo el aberrante mensaje subliminal de que la introducción de la escritura en una formación social debe implicar necesariamente su extensión generalizada, legitimando a los estudiosos, en consecuencia, a hablar de sociedades letradas —por oposición a sociedades orales— por el mero hecho de que algunos de sus miembros pudieran disfrutar de las ventajas de los medios de comunicación escrita. Tan absurda, tan disparatada generalización relega, quizás interesadamente, el tratamiento de cuestiones conceptuales previas, afortunadamente, hoy, atendidas por otras ciencias. Porque a pesar de la dificultad que ofrece el estudio sobre el grado de alfabetización de las sociedades antiguas, como sobre el de épocas más recientes⁴, un cuadro teórico cada vez más completo, prestado, sobre todo, por la Sociología, la Historia Contemporánea

³ Alfabetización sería la habilidad de un individuo o grupo para atender, mediante la escritura, a sus necesidades económicas, sociales, políticas y afectivas, lo que no queda demostrado por la capacidad de mal escribir sus nombres sobre objetos votivos o trozos de cerámica. Véanse los presupuestos teóricos de BORING, T.A., *Literacy in Ancient Sparta*. Supp. *Mnemosyne*, 54, 1979, autor con el que, por otra parte, se disiente, ampliamente, tanto en sus presupuestos como en sus conclusiones.

⁴ Así lo reconoce A. POCA (*La escritura. Teoría y técnica de la transmisión*, Barcelona, 1991, p. 97): «a pesar de que nuestra imaginación retroceda con enormes dificultades, o sencillamente es incapaz de pensar la prehistoria de nuestro modo de pensamiento alfabetizado, no hay nada de natural en éste. Siglos de alfabetización popular, gradualmente más generalizada se superponen y las capas de sedimentos se confunden en una mezcla sin fondo».

y la Teoría de la Educación, ofrece abundantes recursos para una mirada más ponderada. Es posible, así, enunciar clasificaciones, ya tópicas, sobre los grados de alfabetización⁵:

1. «Analfabetismo integral» o incapacidad absoluta para el dominio de la escritura y la lectura, en el que pueden marcarse diferencias entre «analfabetismo de partida» (tal como se produce en las gentes que no han sido nunca alfabetizadas o lo han sido muy deficientemente), «analfabetismo de retorno» (en el que se incurre, a pesar de haber disfrutado de alguna formación, por falta de hábito en el uso de la escritura y la lectura), «analfabetismo funcional» (o incapacidad para el desarrollo correcto de determinados oficios o funciones), cada uno de ellos convenientemente subdivididos a partir de su origen, sus características y sus consecuencias culturales y sociales.

2. «Alfabetización baja», que posibilita a sus poseedores a leer sus nombres, escribirlos y a la comprensión de mensajes escritos elementales.

3. «Alfabetización media» que es capaz de prestar soporte tecnológico a la atención de negocios diversos, pero a la que se puede incluir todavía dentro del «iletrismo», en el sentido de que aún no permite a sus poseedores el enfrentamiento sistemático con la dificultad de los textos escritos⁶.

4. «Alfabetización alta», que permite la lectura de amplia gama de textos así como la ejecución de diversos tipos de textos escritos, requiriendo, para su logro, períodos amplios de instrucción sistemática.

5. «Alfabetización muy alta» que capacita a sus poseedores para todo tipo de experiencias en relación con la lectura y escritura.

Desde luego, dado el carácter de las fuentes, cuyo alcance y valor instrumental se somete a revisión, interesa el nivel 5º, único capaz de precisar la peculiaridad intelectual del genio creador de las mismas o su capacidad de representar a las gentes de la época, así como, aunque, en grado menor, el nivel 4º, que permitiría comprobar cuánta gente, además de la del grupo 5º, podría estar en condiciones de realizar un cierto seguimiento de las ricas elaboraciones intelectuales de griegos y romanos, lo que, a su vez, po-

⁵ Naturalmente, el estudio de los diferentes grados en el dominio del recurso tecnológico de la escritura y la lectura, desde la firma titubeante de un documento hasta la fina escritura costosamente elaborada de la alta cultura, evidencia infinitos niveles de alfabetización. Sólo la necesidad de someter a estudio realidades tan complejas puede justificar la simplificación que toda clasificación encierra.

⁶ Entre los niveles de baja y media alfabetización, con fronteras indefinidas, pero más cercana a la segunda, cabría la inclusión de la denominada «alfabetización funcional», que HARRIS, W.V., prefiere denominar *Craftsman's literacy*, por la que entiende *By craftsman's literacy I mean not the literacy of an individual craftsman but the condition in which the majority, or a near-majority, of skilled craftsmen are literate, while women and unskilled labourers and peasants are mainly not, this being the situation which prevailed in most of the educationally more advanced regions of Europe and North America from the sixteenth to the eighteenth century.* (*Ancient Literacy*, Londres, 1989, p. 8).

sibilitará el desciframiento de la fisonomía de los lectores en quienes pensaban los autores al concebir y escribir sus obras.

Si en nuestra época, dominada por la Estadística y la Informática, resulta árdua la tarea, desde luego, no sería nunca posible, para el mundo antiguo, conocer el número exacto de los que sabían leer y escribir bien, de los que sabían algo y de los que no sabían nada en absoluto, pero sí que se podría avanzar algo en su conocimiento mediante la revisión crítica de datos y la propuesta correspondiente de juicios razonables, que habrían de conducir a conclusiones bastante alejadas del interesado y desmesurado optimismo que largamente viene prevaleciendo en la consideración del desarrollo cultural y niveles de alfabetización alcanzados por las gentes de la Antigüedad⁷. Tal optimismo, absolutamente predo-

⁷ Aunque como es lógico, la calificación otorgada de optimistas o pesimistas resulta absolutamente subjetiva por cuanto siempre dependerá de la actitud del observador, resulta abrumadora la mayoría de obras que, en nuestra opinión, han sobredimensionado la extensión social de la alfabetización, aun cuando sus datos y juicios se han basado en unos pocos lugares y en unas épocas concretas. Decididamente optimistas son, a nuestro juicio, GUILLEMIN, A.M., *Le public et la vie littéraire à Rome*, París, 1937; TANZER, H.H., *The Common People of Pompey, A Study of the Graffiti*, Baltimore, 1939; TURNER, *Athenian Books in the Fifth and Fourth Centuries*, Londres, 1952, revisado y puesto al día en CAVALLO, (dir.) *Libri, editori e pubblici...*, Roma, 1975; BECK, F.A.G., *Greek Education 50— 350 B. C.*, Londres, 1964; HARVEY, «Literacy in Athenian Democracy», *REG*, XXIX, 1966, pp. 585-635; RYLE, G., *Plato's Progress*, Cambridge, 1966; CIPOLLA, *Literacy and Development*, Harmondsworth, 1969; WEIL, R., «Lire dans Thucydide» en *Le monde grec. Hommages à Claire Preaux*, Bruselas, 1975, pp. 162-168; ROBB, K., *The Progress of Literacy in Ancient Greece*, Los Angeles, 1971; BOWEN, J.A., *A History of Western Education. The Ancient World*, Londres, 1972; Cavallo, entre otros, *Libri, editori e pubblico nel mondo antico*, Roma, 1975; «Dal segno incompiuto al segno negato. Linee per una ricerca su alfabetismo, produzione e circolazione di cultura scritta in Italia nei primi secoli dell'impero», en *Alfabetismo e cultura scritta nella storia della società italiana*, Perugia, 1978, pp. 119-145; «Scrittura, alfabetismo e produzione libraria nel tardo antico» en *La cultura e Italia fra tardo antico e alto medioevo*, Roma, 1981; CARTLEDGE, P.A., «Literacy in the Spartan Oligarchy», *J.H.S.*, XCVIII, 1978, pp. 25-37; BORING, T.A. *Literacy in Ancient Sparta*, Lugduni Batavorum, 1979, *Suppl. Mnemosyne*, 54, 1979; STUBS, M., *Language and Literacy. The Sociolinguistics of Reading and Writing*, Londres, 1980; MURRAY, O., *Grecia Arcaica*, Madrid, 1980, quien llega a afirmar que «la Grecia arcaica era una sociedad letrada en el sentido moderno, la primera sociedad culta de la que poseemos un conocimiento razonablemente detallado» (p.93). Véase, especialmente, pp. 88-96; KNOX, B.M.W., «Libros y lectores en el mundo griego», en *Historia de la Literatura Clásica, I, Literatura Griega*, Madrid, Gredos, pp. 13-55; BURNS, A., «Athenian Literacy in the Fifth Century B. C.», *J.H.I.*, XVIII, 1981, pp. 371-387; NIEDDU, G. F., «Alfabetismo e diffusione sociale della scrittura nella Grecia Arcaica e Classica: Pregiudizi recenti e realtà documentaria», *S&C*, VI, 1982, pp. 233-261; «Testo, Scrittura, Libro nella Grecia arcaica e Classica: note e osservazioni sulla prosa scientifico-filosofica», *S. & C.*, 1984, pp. 213-261; MUSTI, D., «Democrazia e scrittura», *S. & C.*, 1986, pp. 21-48; MOREL, «L'artigiano» en *L'uomo romano*, de A. GIARDINA (ed.), Roma, 1989, pp. 235-268; KENNEY, E.J., & KLAUSEN, W.V., «Libros y lectores en el mundo de la antigua Roma», en *Historia de la Literatura clásica II*, Madrid, 1989 (1982) pp. 15-67; más ponderada es la actitud de HAVELOCK, quien destaca, no obstante, el rápido despegue de la alfabetización en Grecia a partir de 430 a. C. especialmente en su *The Literate Revolution in Greece and its Cultural Consequences*, Prin-

minante en los numerosos estudios, realizados fundamentalmente por filólogos, hunde sus raíces en una hipervaloración de los datos interpretados en el caldo de cultivo, en el «tempero», que ofrece la visión idealista e idealizada, tantas veces interesada, de la sociedad antigua. Sin embargo, creen encontrar argumentos para sus tesis en el enunciado de un cúmulo de *pruebas*, cuyo resumen y, según creemos, mentís, sería el siguiente ⁸:

1. Existencia de gran número de inscripciones conteniendo leyes, decretos, tratados, etc. en lugares muy frecuentados. Pero ¿quiénes las escribieron y quiénes las mandaron ejecutar y emplazar? porque su mera existencia o, incluso, abundancia, si quieren, no tiene por qué implicar una amplia extensión de la alfabetización y no significar, por ejemplo, una voluntad de publicidad o divulgación de las mismas.

2. Existencia de numerosos y variados, por su contenido, *graffitis*, desde los más antiguos, dentro de la esfera de influencia griega ⁹, hasta los más espectaculares de Pompeya en el mundo romano ¹⁰. Pero de ellos no puede deducirse sino una cierta difusión de la capacidad de escribir ¹¹, resultando el argumento efímero, como prueba, para precisar su cuantía, en tan-

centon, 1982. Más ajustados a nuestros criterios, tanto por su metodología como por sus resultados, HASEBROECK, J., «Zum griechischen Bankwesen der Klassischen Zeit», *Hermes*, IV, 1920, pp. 113-173; MICHELL, H., *The Economics of Ancient Greece*, Cambridge, 1957; Youtie, H.C., papirólogo americano, que basándose en el estudio de los papiros procedentes del Egipto romano, a través de un conjunto de artículos publicados entre 1971 y 1975, fundamentalmente, recogidos en sus *Scriptiumculae Posteriores*, Bonn, 1981 (Véanse, especialmente, pp. 677-698, 611-628, 629-651, 255-262, 179-199). Decisivas son las recientes aportaciones de V.W. HARRIS, «L'analfabetismo e le funzioni della parola scritta nel mondo romano», *Quaderni di Storia*, XIV, 1988, pp. 5-26 y, sobre todo, *Ancient Literacy*, Londres, 1989.

⁸ Se ha pretendido establecer diversas categorizaciones o tipologías de pruebas (véase, por ejemplo, BORING, T.A., *Literacy... cit.*), sin embargo, se obvia tal forma discursiva en aras de no complicar más el tema.

⁹ Así, los *graffitis*, datables hacia finales de los siglos VIII y VII a.C. de Tera; los autógrafos de mercenarios —de Rodas, Tera o Colofón— pertenecientes al séquito de Psamético II en la expedición contra los etíopes en 591 a.C.; los de Abou Simbel en la Nubia; las firmas y autógrafos atribuidos también a mercenarios griegos encontrados en el templo funerario de Seti I, en Abydos, datables, los más antiguos, en los siglos VI y V a.C.; inscripciones y dibujos votivos, incisos sobre las rocas en las cercanías del Santuario de Atenea Samonia, en la parte oriental de la isla de Creta, etc. (Cf., sobre estos temas, NIEDDU, G.F., «Alfabetismo...», pp. 240 ss., quien remite a abundante documentación de carácter epigráfico).

¹⁰ Cf. el clásico TANZER, H.H., *The Common People of Pompeii: A Study of the Graffiti*, Baltimore, 1930.

¹¹ Cf., no obstante, LONGO, O., *Technique della comunicazione nella Grecia Antica*, Nápoles, 1981, así como sus reflexiones en torno a la importancia que podrían tener algunos documentos como indicios de un uso cotidiano del alfabeto sobre materiales efímeros, en «Scrivere in Tucidades: comunicazione e ideologia», en *Studi in Onore di A. Ardigzoni*, LU-REA, E. & PRIVITERA, G.A. (eds.), Roma, 1978, pp. 519-554.

to que sólo denotan unos niveles de alfabetización baja y media o «funcional»¹².

3. Presencia de abundantes inscripciones sobre jarrones y vasos. Pero no resulta lícito extender el nivel de alfabetización de sus creadores, al que tampoco podría concederse gratuitamente una posición elevada, al resto de la población. De las inscripciones, por ejemplo, que ilustran el vaso Françoise, puede deducirse la genialidad estética de su creador o el buen gusto de sus destinatarios, pero no el de los demás.

4. Referencia al papel del puerto comercial de Naucratis que, ya desde el siglo VI a.C., facilitaría el papiro, material de la escritura por excelencia en el mundo antiguo. Pero ¿cuál era su precio? y ¿cuántos, dadas las condiciones económicas de las mayorías, estaban en situación de poder pagarlo? ¿y el resto de materiales para la escritura?

5. Un cierto grado de alfabetización, cada vez mayor, habría de requerirse para el desarrollo de los puestos menores de la administración, y un nivel medio o, incluso, alto, aunque este último en contadas ocasiones, para el desempeño de las altas magistraturas. Pero ¿quiénes y cuántos hombres y mujeres de entre toda la población, podrían aspirar a participar en el aparato del Estado?

6. Alusión a las ventajas para su aprendizaje ofrecidas por el alfabeto griego con respecto a otros sistemas de escritura. Pero no logro imaginar a las fáciles letras griegas, sin el debido cumplimiento de otras condiciones, introduciéndose por sí mismas en el cerebro.

7. Insistencia en la abundancia de escuelas elementales en el ámbito griego y, después, en el mundo romano, lo que implicaría la asistencia y correspondiente formación de alumnos. Pero, aunque deba suponerse la existencia de mayor número que las encontradas¹³, su número no podría calificarse de abundante. Y, en todo caso, ¿cuántas? ¿dónde estaban ubicadas? ¿qué nivel de alfabetización se lograba en ellas? ¿cuántos y quiénes podrían disfrutar de asistencia educativa permanente? ¿y el campo? ¿y la periferia? ¿se puede, en justicia, deducir de los tan manidos ejemplos de Quíos o Astipalea la existencia generalizada de un sistema escolar en el área greco-oriental capaz de convertir las escuelas de *grammata* en un hecho normal de la vida cotidiana?

¹² Cabe, por otra parte, la pregunta sobre la representatividad de Pompeya en el universo romano, teniendo en cuenta, además, que la propia población ciudadana hacia el 50 d.C. no representa sino un escaso 10% con respecto a los 50 ó 60 millones que NICOLET, C. («il cittadino, il politico», en *L'uomo romano*, GIARDINA, A. (ed.), Bari, 1989, pp. 3-44) concede a todo el Imperio.

¹³ Por ejemplo, para el mundo griego, en Quíos (Herodoto. 6.27, hacia 494 a.C.), en la ciudad beocia de Micaleto (Tucidides 7.29, hacia 413 a.C.), en la pequeña isla de Astipalea (Pausanias 6.9.6, hacia 496 a.C.). Por lo que se refiere al mundo romano, tampoco se puede pensar en una extensión generalizada como, por ejemplo, sostiene GIANNOTTI, F. & PENNANCINI, *Società e comunicazione letteraria in Roma Antica*, Turín, 1981.

8. Escritos en prosa, sobre todo a partir de Tucídides, harían ya pensar más en un público lector que oyente. Pero ¿quiénes y cuántos podrían disfrutar de la lectura de un Tucídides?

9. La proliferación, aunque paulatina, de bibliotecas haría posible e incitaría a la lectura de los grandes escritores¹⁴. Pero no hubo tal proliferación, y, salvo en el caso romano, como se verá más adelante, su ubicación en las grandes metrópolis, así como su organización, habría de filtrar, definitivamente, el número y el tipo de sus lectores. La función de las bibliotecas, en el tema que nos ocupa, fue más de conservación y transmisión de obras que de alfabetización o difusión de la cultura.

10. La introducción y desarrollo de la práctica política del ostracismo supondría la existencia de una alfabetización extendida a la mayoría del cuerpo social ateniense. No parece, sin embargo, que se requiriera gran nivel de alfabetización para garrapatear un nombre propio sobre un trozo de cerámica, en tanto que ha de tenerse en cuenta el número real de los ciudadanos que acudirían a votar, así como la proporción que representaba con respecto a la población total del Atica. Por otra parte, ¿es transferible, sin más, la situación del Atica a otras regiones del mundo griego?¹⁵ ¿la práctica de «escribir para otros» o «escritura prestada», respondiendo, o no, a intereses políticos, sumamente extendida, como demuestran, o parecen indicar, los *ostraka* escritos por la misma mano, no habría de poner en tela de juicio las opiniones de quienes sueñan con una alfabetización extendida, si bien a bajo nivel, sobre la mayoría del cuerpo social ciudadano y masculino ateniense? Sin duda, otras tantas objeciones podrían hacerse en relación a los usos políticos romanos de la *ballota*, porque, ¿cuántos votaban y cuál era el nivel de alfabetización requerido para ejercer su derecho?¹⁶

11. Las abundantes referencias de las pinturas sobre vasos de figuras rojas a escenas de educación escolar ya desde comienzos del siglo V¹⁷, el lenguaje mismo de poetas, escritores y filósofos¹⁸ lleno de alusiones a la escritura, indicaría una familiarización con el fenómeno y, en consecuencia, una extensión de los usos de la alfabetización. Sin embargo, aparte de que estas referencias procedan del Atica, la preocupación por la instrucción y

¹⁴ Así podría ser considerada ya la Academia de Platón (Diog. Laerc. 3.9) y el Liceo de Aristóteles (Estrabón 13.608) y, desde luego, las de Alejandría, las de Pérgamo, Atenas, Rodas, etc. Cf. KLEBERG, T., «Commercio librario ed editorie nel mondo antico», en CAVALLO, F. (ed.), *Libri, editori e pubblico... cit.*, esp. pp. 36 ss. y, para el mundo romano, esp. pp. 63 ss.

¹⁵ El argumento sería válido para otras ciudades, en las que, según parece, se aplicaron medidas semejantes, como Argos, Siracusa, Megara y Mileto. Cf. HARRIS, W.V., *Ancient...*, p. 55.

¹⁶ Cf. MULLEN, «How Many Romam Voted?», *Athenaeum*, 8, 1980, pp. 454-457.

¹⁷ Véase, por ejemplo, IMMERWAHR, H.R., «Book Rolls on Attic Vases», *Classical Medieval and Renaissance Studies in Honnor of B.L. Ullman*, Roma, 1964, pp. 17-48 y «More Book Rolls on Attic Vases», *Antike Kunst*, 16, 1973, pp. 143-147; NIEDDU, «Alfabetismo...» *cit.*, pp. 255 ss., que, además ofrece más documentación sobre el tema.

¹⁸ Véase EASTERLING, P.E. & KNOX, B.M.W., «Libros y lectores...» *cit.*, pp. 19 ss.

el aprendizaje como la familiarización con la lectura y escritura ha de relacionarse con los reducidos grupos que las inspiraban y que constituirían, al mismo tiempo, su destino. Era, desde luego, el universo conceptual, sumamente restringido y no ampliable fuera de su ámbito, de una clase propietaria que también se representaba en los dioses, mediante la tragedia o mediante la pintura, fundamentalmente, en actitudes semejantes.

Los argumentos sometidos a revisión parecen ofrecer con claridad sus débiles fundamentos: procediendo de unos cuantos datos y, refiriéndose a unos cuantos centros urbanos, sin duda privilegiados desde esta perspectiva, pretenden hacerse extensivos, gratuitamente, a los amplios espacios de la Geografía Antigua. Recordemos la pregunta objeto de indagación. ¿Cuántos, quiénes y con qué nivel, sin importar su condición sexual, política o social, fueron capaces de dominar la tecnología de la escritura, no en unos pocos centros urbanos sino en los vastos espacios históricos en que la clase propietaria se expresó en griego, así como en aquellos otros sometidos al dominio de Roma? Sólo atendiendo a las cuestiones planteadas en esta pregunta se estará, un tanto, en condiciones de definirse sobre la responsabilidad en la autoría de las fuentes escritas, pero su simple enunciado pone al descubierto la limitación, insuficiencia y parcialidad de los datos disponibles en relación con el uso claramente abusivo que se viene haciendo de ellos, así como la necesidad, en consecuencia, de buscar otros apoyos reflexivos, además del uso de las propias referencias antiguas. Y éste resulta ser el gran mérito de W. V. Harris, cuyos pasos se sigue en este aspecto, al proponer el estudio de la alfabetización antigua sin perder de vista, en momento alguno, otros procesos similares ocurridos en otros lugares y épocas de la Historia. Y no parece, desde luego, que pudieran haber existido, en ningún lugar ni momento de la Antigüedad, fenómenos de alfabetización de masas, sencillamente por resultar históricamente contradictorios. Tales fenómenos sólo pueden producirse cuando se conjuga un haz de fuerzas, cuando un conjunto de condicionantes de carácter demográfico, económico, tecnológico, social, político e ideológico concurren.

Efectivamente, el despegue de la alfabetización en el mundo moderno sólo pudo producirse cuando, a través de un lento y costoso proceso, un cúmulo de circunstancias positivas fueron confluyendo: cuando el desarrollo de nuevas formas económicas, relacionadas con el capitalismo y el auge de la industrialización, exigieron una mano de obra cualificada y, hasta cierto punto, letrada; cuando el crecimiento de la población urbana, a costa del campo, fue haciendo más rentable el esfuerzo educativo; cuando se fue gestando una voluntad política, por iniciativa propia de los grupos en el poder o, más bien, por presión social, y sindical después, capaz de asumir la tarea de impulsar sistemas escolares ampliamente subsidiados; cuando capas sociales, cada vez más amplias, fueron capaces de prescindir, o fueron obligadas a ello, de la aportación económica del trabajo infantil y juvenil; cuan-

do el desarrollo de la Imprenta bajó el costo de la producción libraria y, en consecuencia, sus precios; cuando la incipiente y después decisiva producción en serie bajó el costo de los materiales de aprendizaje; cuando el desarrollo de nuevas formas ideológicas, relacionadas con las nuevas formas económicas y sociales, como el protestantismo, incitaron a la lectura directa de determinados textos o a la formación intelectual en general; cuando, en los padres, se fue creando la convicción de que la formación de sus hijos era deseable, por las expectativas de mejora social que el entorno ofrecía, y también, posible, por los recursos que la sociedad le proporcionaba; cuando la mujer, a través de dura lucha, consiguió, poco a poco, irse incorporando a la vida ciudadana.

En el mundo antiguo, sin embargo, no es posible, por mucha imaginación de que se disponga, observar fenómenos similares. Este, a grandes rasgos, sería, en este sentido, su panorama:

1. El campo, la montaña y las simplificadoramente denominadas zonas marginales», absolutamente predominantes en términos geográficos, demográficos y económicos, quedaron siempre al margen de los escasísimos factores de impulsión cultural y, desde luego, de la posibilidad de escolarización por lo que, en este ámbito, sí parecen atinar las fuentes cuando, aunque con otros fines, con tanta insistencia acusaron al *rusticus* de *illiteratus* o de *agrammatos*.

2. Las peculiares, pero indudables, formas de despeque económico, comercial y artesanal, a media y gran escala, debieron promover formas de alfabetización en determinadas áreas urbanas, pero éstas no serían significativas con respecto a la mayoría de la población, ni tendrían, para satisfacer las necesidades del sistema económico, que sobrepasar los niveles de alfabetización de nivel medio¹⁹.

3. No existieron actitudes familiares generalizadas en los distintos ámbitos sociales, salvo en el caso de algunos sectores de la clase propietaria, capaces de impulsar, a costa de sus maltrechas economías, el aprendizaje de sus niños, en un mundo que tan escasas oportunidades de mejora habría

¹⁹ Debe destacarse el singular desarrollo que habría de adquirir, como en otras épocas y lugares de deficiente alfabetización, el fenómeno de la delegación de escritura y lectura, por el que los individuos poco expertos han recurrido, y siguen recurriendo, sistemáticamente, al apoyo de gentes consideradas técnicas en la materia. Puede consultarse, sobre el tema, el interesantísimo artículo de PETRUCHI, A., «Scrivere per gli altri», *S&C*, 13, 1989, pp. 475-487, que lo describe como: «Il fenomeno della 'delega di scrittura' si verifica quando una persona che dovrebbe scrivere un testo o sottoscrivere un documento e non è in condizione di farlo perché non può o perché non sa, prega altri di farlo per lui e in suo nome, o in sua vece, specificando o meno le circostanze e le ragioni della delega stessa», p. 475; así como su «Per la storia dell'alfabetismo e della cultura scritta», en *Quaderni Storici*, 38, 1978, pp. 453 ss. Igualmente, YOUTIE, H.C., «Upographeús: the Social Impact of Illiterary in Graeco-Roman Egypt», *ZPE*, 17, 1975, pp. 202-221 y HARRIS, W.V., *op. cit.*, p. 34 que remite, para el mundo medieval, a CLANCHI, E., *From Memory to Written Record: England 1066-1077*, Cambridge, 1979.

de conceder al desarrollo de las capacidades personales, sobre todo, en los lugares, la mayoría, alejados de los centros de decisión y poder.

4. En zonas no urbanas, la escasa productividad de los pequeños predios de la mayoría de gentes, incitaría a recurrir a la participación habitual de los niños en el duro seguimiento del calendario agrícola ²⁰, como hoy sigue ocurriendo en países del Tercer Mundo, lo que les impediría, aparte de la inexistencia misma de escuelas y del analfabetismo de sus padres, toda posibilidad de formación sistemática. Incluso en las zonas urbanas era posible, como hoy, sacar partido de la actividad de los niños ²¹, hasta el extremo de que sólo a los padres bien situados les habría sido posible prescindir de su aportación y costear, además, su seguimiento escolar.

5. Si bien existieron escuelas en determinados centros urbanos, no existió un sistema escolar a gran escala, subsidiado y patrocinado por la religión o el Estado capaz de extenderse por los distintos territorios, aldeas y campos.

6. Los materiales de escritura y lectura, cuando existían en sus entornos, resultaron inasequibles, por el impacto que en sus maltrechas economías habría de suponer la compra de los mismos ²².

7. No hubo fuerzas constantes de carácter ideológico capaces de impulsar y promover la alfabetización de masas, sino, en todo caso, toscos, puntuales y poco generalizados esfuerzos «filantrópicos», propiciados por la expansión del fenómeno del evergetismo, por extender la educación de niños en algunos lugares, aunque, casi siempre, al chocar con las barreras demográficas y sociales, se redujeran a los hijos de las elites urbanas, o, en el mejor de los casos, a los niños de los ciudadanos.

8. La mujer, aunque en distinta medida, resultó, en general, excluida de los procesos de aprendizaje y desarrollo educativo, actuando este fenómeno como refuerzo de la desigualdad entre sexos-opresión sexual que, en este sentido, caracteriza a la sociedad antigua.

9. Los esclavos del campo o de las minas, como la mayoría de quienes

²⁰ El bajísimo rendimiento agrario, (cf., por ejemplo PUCCI, F., «I consumi alimentari», en *Storia de Roma IV. Caratteri e morfologia*, Turín, 1989, de A. SCHIAVONE (dir.), p. 371) haría que no se pudiera prescindir de fuerza de trabajo alguna.

²¹ Desgraciadamente es escasa la atención prestada a las condiciones de vida de los niños en general y a su inmersión en el mundo laboral, en particular. Puede consultarse, no obstante BRADLEY, K.R., «Child Labor in the Roman World», *Historical Reflections*, 12, 1985, pp. 311-330. Sin embargo, pueden descubrirse sus actitudes, a la hora de ser capaces de prescindir de su colaboración económica, si se tienen en cuenta algunos hábitos bien asentados. Cf. BOSWEL, S.E., «*Expositio* and *oblatio*: the Abandonment of Children and Ancient and Medieval Family», *American Historical Review*, 1984, 89, pp. 10-33 y GOLDEN, M., «Did the Ancients Care when their Children died?», *Greece & Rome*, 35, 1988, pp. 152-163.

²² Debe destacarse la relatividad de los conceptos de «caro» o «barato», en función de la situación de quien compra, pero difícilmente podría considerarse barato un libro o rollo que supusiera una semana de trabajo, para un trabajador incapaz, en su miseria, de generar excedentes. Cf. KNOX, «Libros», *cit.*, p. 35.

gravitaban en torno a los núcleos urbanos, los pequeños propietarios de mirada eternamente atormentada al cielo, los renteros y colonos angustiados por el vencimiento del *lustrum*, los braceros y asalariados siempre errantes²³ allá donde se les permitiese sobrevivir, oprimidos todos por necesi-

²³ Varrón no dejaba de recomendar su uso para las fases más peligrosas (1.17.2) porque su muerte no ocasionaba transtornos a la propiedad del amo, como habría ocurrido en el caso de utilizar esclavos. Cf. KOLENDO, J., «Il contadino e l'uomo romano», de GIARDINA, A., *cit.*, p. 217-232. Es natural que las fuentes, procedentes de quienes se beneficiaron de la desigualdad, consideren normal la existencia de la pobreza y, por tanto, apenas hablen de ella. cuando su alusión les resulta inexcusable, como con tan descarada frecuencia habría de ocurrir después, culpan a los propios pobres, responsabilizan a las propias víctimas, para mejor descanso de sus pulcras conciencias, de su miserable condición, por su vagancia, su maldad, su ignorancia y sus costumbres corrompidas. Véase su descripción, aunque solo para el ámbito romano, de WHITTAKER, «Il povero», en GIARDINA, A., *L'uomo...*, *cit.*, pp. 299-333. Para una toma de contacto con el tema, puede consultarse el clásico YAVETZ, Z., «The living conditions of the urban plebs in Republican Rome», *Latomus*, 1958, pp. 510-517; BLUM, R. Y E., *Health and Healing in Rural Greece*, Standford, 1965; HANDS, A. R., *Charities and Social Aid in Greece and Rome*, Londres, 1968; BRUNT, P. A., *Italian Manpower, 225-B. C-A. D. 14*, Oxford, 1971 y «Free Labour and Public Works at Rome», *J.R.S.*, 70, 1980, pp. 81-100, especialmente, por su actitud ante las fuentes; FRIER, B. W., *Landlords and Tenants in Imperial Rome*, Princeton, 1980; EVANS, J. K., «Wheat Production and its Social consequences in The Roman World», *C.Q.*, 31, 1981, insistiendo en las formas en que la economía agraria determinaba unas condiciones precarias de vida; GRMEK, M. D., *Les maladies à l'aube de la civilisation occidentale*, París, 1983; GARNSEY, P. & WHITTAKER, C. R., (eds.), *Trade and Famine in Classical Antiquity*, Cambridge, 1983; HOPKINS, *Death and Renewal*, Cambridge, 1983; VIRLOUBET, C., *Famines et émeutes à Rome des origines de la République à la mort de Néron*, Roma, 1985; MROZEK, S., «Zum Kreditgeld in der frühen römischen Kaiserzeit», *Hermes*, 34, 1985, pp. 310-323; DUBY, G., *Histoire de la vie privée, I, De l'empire Romaine à l'an mil*, París, 1985; NERI, V., *L'alimentazione nell'antichità, Atti del Convegno Magio*, Parma, 1986; SCOBIE, A., «Slums, Sanitation and mortality in the Roman World», *KLIO*, 68, 1986, pp. 399-433; GARNSEY, P., *Famine and Food Supply in the Greco-Roman World*, Cambridge, 1988; SIPPEL, D. V., «Dietary deficiency among the lower classes of the Late Republican and Early imperial rome», *Ancw.*, XVI, 1987, GARNSEY, P., & SALLER, R., *Storia sociale dell'impero romano*, Roma-Bari, 1989, especialmente la segunda parte «Un'economia sottosviluppata —la terra— l'aprovigionamento dell'impero romano»; GIARDINA, A., «Uomini e spazi aperti», en SCHIAVONE, A., (dir.) *Storia di Roma*, IV, Turín, 1989, pp. 71-99. En estrecha relación con la autoexoneración de responsabilidades, ejercida por las fuentes, con respecto a la existencia de la pobreza, algunos marxistas ortodoxos y no pocos weberianos (de los cuales, el más popular sería FINLEY, M. (véase, por ejemplo, su *Ancient Economy*, Berkeley, 1973), en extraño maridaje, han tendido a devaluar los deseos de enriquecimiento de los romanos, consecuencia de los cuales, en gran medida, serían la extensión de la pobreza, el acentuamiento de la explotación y el empeoramiento de las condiciones de vida de la población dependiente (las causas fundamentales han de buscarse, no en la cabeza de la clase propietaria sino en el propio sistema económico-social, que las prestaba soporte). En este sentido, resulta oportuno, L. PERELLI, («Marx a l'ideologia anticrematistica dei romani», *Il pensiero politico*, 17, 1984, pp. 75-86) quien observa que las condenas del dinero, en ambiente romano, sólo se produjeron a partir de Augusto, no constituyendo sino un hecho marginal de carácter filosófico, literario y cultural, que no habría de afectar al comportamiento habitual de los grupos dirigentes. Véase sobre estas últimas cuestiones, la monografía de *Index*, 13, 1985, sobre «L'ideologia dell'arricchimento e l'ideologia dell'ascesa sociale a Roma e nel mondo romano, II sec. a. C. II sec. d. C.». En cuanto a los fundamentos teóricos, WASMAN, C. I., *The Stigma of Poverty: a Critique of poverty Theories and Policies*, New York, 1987.

dades de carácter primario o somatígeno, difícilmente podrían disfrutar de motivaciones de enriquecimiento intelectual. Aunque los hubieran experimentado, su entorno inmediato se los habría negado y, aunque no hubiera sido así, sus patronos y amos difícilmente lo habrían consentido, como otras épocas y tiempos han demostrado.

10. En los vastos espacios de la Antigüedad vivieron multiplicidad de gentes y pueblos que jamás llegaron a entender ni pronunciar una sólo palabra de griego o latín, en tanto que muchas de sus lenguas desconocían la propia escritura. El latín, como en otras circunstancias el griego, fue la lengua de los dominadores y no dejó de ganar terreno a las demás lenguas²⁴, del mismo modo que sus portadores se impusieron sobre los pueblos indígenas del Mediterráneo. Pero el avance del latín no puede prestar apoyo al mito de «las ventajas económicas de la uniformidad», porque sólo lo fueron para unos pocos, pero éstas no dejaron de traducirse en miseria y explotación para los demás. Una rápida mirada a la *T.I.R. (Tabula Imperii Romani)* permite lograr una clara perspectiva: ¿Qué fue de la lengua, así como de los puntos de vista e intereses de sus portadores, de nómadas, mauritanos, púnicos, celtíberos, celtas, belgas, britanos, aquitanos, germanos, ilirios, liburnos, tracios, getas, mesios y tantos otros? Porque, en Occidente, la oficialidad del latín no logró impedir que a su lado se hablaran mayoritariamente otras lenguas, con escritura o sin ella, y, en Oriente, al lado de un latín, siempre celoso de su monopolio administrativo, el griego, aún logrando una cierta homogeneidad lingüística para los grupos cultos, comerciantes y comunidades hebraicas y cristianas, no pudo frenar el peculiar polilingüismo debido al desarrollo particular de las lenguas indígenas²⁵. Por eso, sería también interesante, llegados a este punto, preguntarse por el porcentaje de desconocedores de latín y griego, lenguas fundamentales de nuestras fuentes, en los 50 ó 60 millones de habitantes de los 4 millones de km² del Imperio Romano, lo que, sin duda, podría ofrecer cifras asombrosas. Desgraciadamente, no es posible una respuesta, siquiera aproximada, porque la Geografía Lingüística de la Antigüedad está aún por hacer.

11. No hubo, ni pudo haber habido, procesos de alfabetización gene-

²⁴ Tanto da que se afirma rotundamente que «constituye un error sostener que la latinización fuese producto de la voluntad política de los vencedores» (Véase, por ejemplo, CAMPANILE, E., «La lingua del'Impero», *Storia di Roma IV, Caratter e morfologie*, Turín, 1989, de A. SCHIAVONE, p. 679) porque el resultado no habría de haber variado: Las lenguas indígenas fueron cediendo, como sus portadores, ante sus dominadores. La necesidad de comunicarse con los vencedores, como el deseo de seguridad o miedo de las gentes, habría de impulsar en la misma dirección.

²⁵ Debe destacarse la escasísima atención bibliográfica prestada a este tema. Sobre la difusión del latín en las diversas provincias del Imperio, puede consultarse REICHENKRON, G., *Historische Latein Altrommanische Grammatik*, parte I, Wisbaden, 1965, así como «Die Sprachen in Römischen Reich der Kaiserzeit», vol. XL, 1980, de los suplementos de *Bonner Jahrbüches des Rheinischen Landesmuseum in Bonn und des Vereins von Altertumsfreunden in Rheinlande*.

ralizados porque condicionantes de carácter demográfico, económico, social, tecnológico, político e ideológico lo obstaculizaron y, salvo para unas pocas gentes privilegiadas, pertenecientes a unos cuantos centros urbanos, lo impidieron. En consecuencia, no basta, por insuficiente, con admitir que las formas de comunicación oral sobrevivieron después de la introducción de la escritura, porque debe recalcarse que fueron dominantes y, para la más absoluta mayoría de la población, las únicas.

Sólo en este marco histórico general puede procederse al estudio de procesos de alfabetización concretos que, únicamente, revestirían el carácter de peculiaridades regionales. En el mundo griego, después de unos comienzos inciertos y titubeantes²⁶ que van anunciando sus primeros usos comerciales, marcas de propiedad o dedicatorias a los dioses, sus funciones comenzaron a extenderse durante los siglos VII y VI a.C. con las primeras leyes, leyendas sobre monedas y registros oficiales. De este modo, aunque la población alfabetizada debía ser diminuta, muchos fueron enterándose de su existencia y algunos irían haciendo uso de ella, en ocasiones, a través de intermediarios. Con el siglo VI a.C. aparecen signos, cada vez más frecuentes, en algunos centros urbanos, de alfabetización de nivel medio o bajo, mientras la clase propietaria iba accediendo a más altos niveles. El uso del Ostracismo parece indicar, para Atenas, que al menos un 15% de la población libre, ciudadana y masculina era capaz de alcanzar un nivel de alfabetización bajo o medio, (un 5% de la población total de Atica) al mismo tiempo que comienzan a aparecer restos de escuelas en otros centros urbanos. Si, en la época de las Guerras Médicas, los porcentajes podrían acercarse al 10%, a partir del 430, pudieron superarse y situarse, en el siglo IV, en torno al 15% (aunque en niveles bajos y medios, salvo para elites). Pero si la mirada se dirige hacia otras zonas de Grecia, si nos merece la pena preguntarnos por las condiciones de otras gentes distintas de la «beatiful people» de Atenas, entonces, salvo para unos cuantos lugares de desarrollo semejante al Atica, extensos territorios, campos, mares, zonas montañosas, e islas debieron permanecer siempre analfabetos. Por lo demás, esta situación no habría de variar, en líneas generales, durante el Helenismo, aunque en

²⁶ Sobre los primeros pasos del alfabeto en Grecia, véanse los clásicos, L.H. JEFFERY, *The local Scripts of Archaic Greece. A Study of the Origin of the Alphabet and its Development from the Eighth to the Fifth Centuries B. C.*, edición revisada (del or. de 1961) por A.W. JOHNSTON, Oxford, 1990 y GUARDUCCI, M., *Epigrafia greca*, vol. I., Roma, 1967. Igualmente, BURZACHECHI, M., «L'adozione dell'alfabeto nel mondo greco», *P.P.*, XXXI, 1976, pp. 82-102. El fenómeno lo describe MADDOLI («Testo scritto e non scritto», *Lo spazio letterario della Grecia Antica*, I, I, p. 31), con estas palabras: (la alfabetización) *inizia il suo cammino di erosione dell'oralità; un'erosione lenta, che viene conquistando alla memoria orale piccoli spazi nella sfera privata delle ricche cerchie aristocratiche: il 'kleos' d'una esistenza conclusa affidato ora all'epigrafe del sepolcro, l'elogio di un ex-voto, e del suo donatore, l'invocazione di benevolenza da un dio, l'indicazione di proprietà d'un oggetto, spesso il suo autore, talora il committente... tali ambiti siamo in grado di osservarli grazie al materiale duraturo su cui compaiono quei primi testi scritti.*

algunas zonas, como en el Imperio Ptolemaico, llegaron a desarrollarse usos burocráticos más amplios de la escritura, o, aunque en otras, como en Teos, se anunciaran intentos, de éxito incierto o dudoso, de educación generalizada, o aunque, en algunas pocas ciudades, se llegase a la impulsión de sistemas de educación elemental para niños, propiciadas por el nunca suficientemente considerado fenómeno del evergetismo, porque las condiciones socioeconómicas generales, en lo fundamental, no se alteraron.

Nombres propios sobre objetos diversos y dedicaciones religiosas constituyen los primeros usos atestiguados de la escritura en Roma, cuyos orígenes y primera evolución resultan extraordinariamente difíciles de seguir. En el siglo IV, a medida que se extienden sus funciones, las letras se hacen cada vez más claras, aumentando paulatinamente su uso durante los siglos III y II a.C., para afectar a una población, aunque siempre a niveles bajos y medios, cercana al 10% en los ámbitos urbanos hacia el año 100 a.C. En la Tardía República y Alto Imperio, proliferan los usos de la escritura (*sloganes* políticos, referencias administrativas, control de la población, *graffitis* varios, cartas, dedicatorias a los dioses, conmemoraciones de muertos, etc.) y, por tanto, también debieron crecer sus usuarios, pero nada indica que la más aplastante mayoría de éstos, de carácter urbano, lograrse sobrepasar los niveles bajo o medio, quedando la alta y muy alta alfabetización circunscrita a unos pocos miembros de unas pocas familias de cultura tan floreciente como saneada era su economía y clara su perspectiva política, reproduciendo y expresando, también desde este ámbito, la realidad social de los tiempos. Y es que, aunque duela a los interesados idólatras del mundo greco-romano, cada formación social sólo puede alcanzar el nivel cultural que su estructura permite y el sistema esclavista, imperialista y misógino dominante en la Antigüedad ²⁷ estaba intrínsecamente incapaz para producir un desarrollo cultural uniforme en sus hombres y mujeres, con la correspondiente e imprescindible alfabetización de todos sus componentes ²⁸. Encualquier caso, aunque, por el momento, y quizás

²⁷ No resisto la tentación de reproducir las rotundas palabras con que A. SCHIAVONE («La struttura nascosta. Una grammatica dell'economia romana», en *Storia di Roma*, IV, cit., p. 28) define el sistema romano: *Per tutto il tempo, il fondo di la scena non muta mai: è interamente occupato dai ritmi abbastanza regolari dello stesso meccanismo. Per indicarlo senza equivoci, dobbiamo ricorrere a una formulazione pesante, dove la chiarezza sacrifica l'eleganza. L'economia romana classica consiste di un sistema agrario-mercantile a base espansionistica e schiavistica, controllato saldamente da una fascia ristretta di ceti proprietari. I suoi elementi determinanti sono la terra, l'autoconsumo, gli schiavi, la «valorizzazione» del capitale commerciale, l'espansionismo di rapina, con il conseguente regolare prelievo forzato dai territori conquistati.*

²⁸ Coinciden estas apreciaciones con el tono que se viene otorgando a épocas posteriores. Al medievalista P. ZUMTHOR (*Letra y voz en poesía medieval*, Madrid, 1989, p.11) le parece excesiva la cifra de un 1% o 2% de gente capaz de leer en Occidente hacia el año 1000, que ofrece CIPOLLA (*Literacy...cit.*), P. CHAUNU, (*Le temps de réformes*, Bruselas, 1984, p. 11) prefiere referirse en términos relativos afirmando que, en Occidente, hacia el año 1500, habría cinco veces más gente capaz de leer que en 1400 y diez veces más que en el siglo XIII.

así ocurra siempre, escape toda posibilidad de precisión sobre el número y el nivel alcanzado por aquellos que lograron acceder al peculiar recurso tecnológico de la escritura, sí parece estar a nuestro alcance la delimitación de quiénes estuvieron en condiciones de crear las más altas construcciones mentales de la Antigüedad: los miembros más selectos, y sus aledaños, de las clases propietarias griega y romana.

La capacidad de superación de los múltiples y variados obstáculos que impidieron la adquisición de un nivel alto o muy alto de alfabetización, al que unos pocos nacían predestinados e imposibilitados la mayoría, siendo imprescindible, no fue nunca una condición suficiente para convertirse en autor de una de esas obras que han llegado a nosotros. Debían además franquear con éxito las barreras inherentes a la publicación, ejecución de copias y corrección de las mismas, distribución a librerías y comercialización y conservación de su obra, temas que vienen estudiando papirólogos, codicólogos e historiadores del libro, en general.

Pueden rastrearse, para Roma, y concederse una cierta concordancia, en general, para Grecia, las fases más importantes para lograr la publicación de una obra escrita²⁹. La primera fase, una vez escrita la obra y en mayor o menor medida acabada, consistía en su presentación oral a un reducido y selecto auditorio, mientras una copia, o un reducido número de copias, podría ya andar circulando en privado a fin de dar a conocer una obra, que aún podría experimentar modificaciones como consecuencia de sugerencias e indicaciones del estrecho círculo de amigos, compañeros, benefactores y discípulos, o, en el peor de los casos, su retirada. Si las expectativas suscitadas eran suficientemente positivas, los propios autores, una vez atendidas posibles deficiencias, podrían ya proceder a la ejecución de algunas copias, bien directamente, o, según su peculio, a través de sus propios copistas, a no ser que, caso poco frecuente y sólo constatado en Roma a partir del siglo I a.C. para unos pocos, se disfrutase de la confianza de algunos de los escasísimos editores existentes³⁰, capaces de asumir los gastos y complicaciones de la realización de algunas copias, mediante el recurso a unos copistas de habilidad siempre puesta en tela de juicio³¹. No menos laboriosos resultaban los problemas concernientes a la distribución de obras a los librerías y la venta, por parte de éstos, a particulares, por resultar siempre condicionados a las exigencias, preferencias y caprichos de los únicos posibles compradores: un público de alta o muy alta alfabetiza-

²⁹ Cf. KLEBERG, T., «Commercio librario ed editorie nel mondo antico», en *Libri, editori...* de CAVALLO, G. (ed.), pp. 25-80; KNOX, B.M.W., «Libros y lectores... *cit.*», pp. 13-55; KENNEY, E.J. Y CLAUSEN, W.V., «Libros y lectores...» *cit.*, pp. 15-67; STARR, R.J., «The circulation of Literary Texts in the Roman World», *Classical Quarterly*, 37, 1987, pp. 213-233.

³⁰ Aunque el término «editor» puede resultar excesivo, e, incluso, inadecuado para quienes desarrollaran las actividades mencionadas, piénsese, por ejemplo, en un Atico, siempre solícito con respecto a M.T. Cicerón.

³¹ v.g. Estrabón 13.1.54; Marcial 2.8.

ción en posesión, además, de suficientes recursos económicos. Debe constatar, sin embargo, que, aunque existieran librerías en los grandes centros urbanos, y, sobre todo, en Roma, lo que podría propiciar la difusión geográfica de algunas obras, su capacidad de penetración social, condicionada por la propia estructura económica y social, a pesar de las frecuentes y vanidosas pretensiones de los propios escribanos³², debía resultar, en general, muy limitada. Mayores garantías de difusión y, sobre todo de conservación, especialmente por lo que atañe a la integridad de sus contenidos³³, para aquellas obras que lograban ser incluidas en ellas, podrían ofrecer las bibliotecas «públicas», cuya historia puede rastrearse, tanto para el mundo griego como para el romano. Unas pocas en el mundo griego, en los grandes centros cosmopolitas, dirigidas y financiadas por los detentadores del poder político y económico, otras pocas, aunque más numerosas, en el mundo romano, patrocinadas y vigiladas por los emperadores o su gente de confianza, hasta alcanzar la cifra de 28 en la propia Roma del siglo IV d.C.³⁴ No menos transcendencia debieron tener las numerosas bibliotecas privadas³⁵, de que tanto hablan los autores romanos, aun cuando, atendiendo a su uso común, podría ser más exacto denominarlas «colecciones de libros», que llegaron a convertirse en un *status-symbol* para grandes propietarios, emulados, como es natural, por los nuevos ricos³⁶. La abundancia relativa de estas bibliotecas-colecciones privadas no ha de hacer pensar, sin embargo, en la existencia de una alta cultura socialmente extendida, sino en el eterno deseo de los ricos por manifestar su riqueza. Así pues, por fuerza, debía ser escaso el número de quienes, gracias a su propia situación económica y social o a su afinidad ideológica o literaria con los detentadores del poder público, lograsen superar las barreras difíciles de la publicación y primera conservación, en bibliotecas públicas o

³² v.g. Horacio, *Carm.* 2.20.13 ss.; Ovidio, *Trist.* 4.9.14 ss.; Marcial 7.88 y 9.3; Plinio el Joven, *Ep.* 9.11.2; Orosio, *Apol.* 4.6; o cuando hablan de la proliferación de sus libros (Gelio 9.4.1 ó Sulpicio Severo, *Dial.* 1.23.3, por ejemplo).

³³ No existiendo nada parecido a los actuales derechos de autor, la obra, una vez publicada estaba sujeta a todo tipo de avatares, mutaciones, sustituciones, correcciones, interpolaciones, sin posibilidad de recurso alguno para sus autores, porque *Oratio publicata res libera est* (Simmaco, *Ep.* 1.31. Cf. KLEBERG, T., *cit.*, p. 27; KNOX, *cit.*, pp. 27 y 33, especialmente. Igualmente, VAN GRONINGEN, B.A., *Traté d'histoire et de critique des texts grecs*, Amsterdam, 1963, p. 25.

³⁴ Cf. KLEBERG, T., «Libri...» *cit.*, p. 62.

³⁵ Muestra de ellas puede ser la rica biblioteca, sin duda propiedad de un hacendado epitéreo, quizás de Lucio Calpurnio Pisón, encontrada en Herculano, cuyos materiales viene publicando M. GIGANTE.

³⁶ Libros-artículos de lujo ostentados más para enseñarlos presuntuosamente que para leerlos (cf. por ejemplo Luciano, *Adv. Ind.* 2). La alta consideración de que gozaron intelectuales y hombres de letras, asimilados a la condición más estimada de grandes propietarios y políticos, actuó de revulsivo para todos cuantos anhelaban emularles. El fenómeno, sin duda frecuente, queda de manifiesto en la conducta de ese esperpéntico *parvenu* que supone Trimalción jactándose de poseer dos bibliotecas, una griega y otra romana (Petronio, *Sat.* 48.4).

privadas, de sus obras. Los peor dotados socialmente, o, mejor, los menos bien situados, podrían soñar con subsidios o premios públicos pero sabían que habían de someterse disciplinadamente a las exigencias de los funcionarios correspondientes, cuyo gusto no sólo debía ser respetado sino alagado. Podrían, en algún caso, optar por vender el resultado de su esfuerzo a cambio de determinadas dádivas a otro personaje, convertido en flamante autor de la noche a la mañana, pero ya no serían ellos los inspiradores de sus obras, o podrían aspirar a encontrar un patrocinador privado de su producción, pero, también en este caso, si querían hallarlo, era condición previa adecuar y limitar su libertad en función de los gustos del rico Mecenas de turno. Sin duda, la opción era: o suficientemente rico o ideológicamente servil³⁷.

Con ser decisivas, las dificultades de los posibles autores no eran sólo de tipo intelectual o económico, sino también, al margen de la selección basada en criterios estrictamente literarios, de carácter ideológico. Ningún autor podría aspirar a publicar contenidos de tono subversivo o insidioso contra el orden establecido por la clase propietaria o sus guardianes, como las propias fuentes, sobre todo las romanas, aun expurgadas ellas mismas, demuestran con sus numerosas referencias a la actividad represora de unos poderes celosos, siempre, de su prestigio e inflexibles ante el rebelde. Si hasta la época del Imperio, aún eran posibles las rencillas y escaramuzas entre las propias elites, después ya no lo sería, desatándose una persecución que habría de alcanzar no sólo a los autores incautos y a sus obras sino también a libreros, distribuidores e, incluso, a los poseedores de sus obras. Difícilmente la obra de un posible discrepante podría esperar la supervivencia porque quien se hubiese atrevido a guardarla, y, por tanto, hubiera podido contribuir a su preservación, era igualmente considerado culpable. Sería el miedo, tanto como la fuerza intimidatoria de la represión, el gran agente censor de aquellos personajes cultos que podrían haber disentido: miedo a las represalias físicas y económicas, miedo a perder el *status* social, miedo a cerrarse, para sí y para los suyos, las puertas del futuro³⁸. Pudo ser el miedo, sin duda, una de las fuerzas motoras que impulsó ese panorama ideológicamente uniforme, esa sensación de voluntad común, esa satisfacción por el buen orden del mundo que, *falsamente*, exhalan las fuentes antiguas.

³⁷ Va así, tomando consistencia la afirmación hecha al comienzo de que las fuentes escritas son «los restos de la producción intelectual de la clase propietaria», no porque de ella provengan exclusivamente, sino porque, en los casos en que pudiera no ser así, deberían, para ver publicada y preservada su obra, ceñirse a sus gustos.

³⁸ Ya GIL, L. (*La censura en el mundo antiguo*, Madrid, 1961, pp. 14-15) ponía de relieve «el hecho de que *los hombres* hayan podido poner idéntica solicitud y celo en destruir lo sentido por ellos como perjudicial que en conservar lo que estimaban beneficioso y útil. Es decir, la intervención de factores positivos —en este caso el deliberado propósito destructor y no la mera incuria o desinterés de la posteridad— en la definitiva pérdida de ciertas obras

No conviene, en fin, olvidar que los condicionantes que influyeron en los momentos de su creación y publicación, obstaculizando y estorbando, o, por el contrario, impulsando la obra escrita, habrían de seguir presidiendo sus avatares en las épocas siguientes. La lucha por la supervivencia entre textos escritos de distinto signo habría de ser del todo desigual, de modo que si la gran aventura de la transmisión podía resultar insalvable, y así ocurrió en la mayoría de los casos, para unas obras que disfrutaban del beneplácito y de la protección del poder como de sus sabios, porque cualquier accidente, cualquier desastre o cualquier olvido podía romper, y de hecho rompió con trágica frecuencia, la frágil cadena de la transmisión textual³⁹, a la voz disidente, cuando lograba expresarse por escrito, hecho sumamente difícil por los motivos aludidos, le resultaba infranqueable. Habrían sido precisos —y no se dieron— esfuerzos constantes de protección y mimo de las pocas expresiones rebeldes sobrevivientes, la mayoría de las cuales —en relación con el filtro que hubo de suponer, si duda, el paso del rollo⁴⁰ al códice— no lograría ni siquiera superar el tránsito a la Antigüedad Tardía. Por entonces, ya no era necesario destruirlos directamente, bastaba

literarias... Pues es lícito preguntarse en multiplicidad de casos si *sólo se nos habrá transmitido de los antiguos lo que nos han querido transmitir*, y hasta qué extremo la imagen que nos hemos formado de ellos responde a la impresión que quisieron darnos de sí mismos». Coincidiendo con este autor en la descripción general del fenómeno, se disiente, sin paliativos, con su forma indefinida de otorgar responsabilidades a *los hombres*, porque los protagonistas de la acción censora, como de la represión, fueron quienes, por detentar el poder, o por su especial relación con él, pudieron hacerlo y *esta situación no cupo a todos los hombres* (la cursiva es mía). Otro tanto puede decirse de los responsables de esa «falsa imagen» de uniformidad y complacencia con el orden establecido. A la obra de L. Gil, se remite, no obstante para el estudio de las referencias de autores antiguos sobre el tema de la censura, en general.

³⁹ No es posible detallar, aquí, la difícil aventura de la transmisión de textos. Sobre el tema, en síntesis: DAIN, A., *Les manuscrits*, París, 1949; PINNER, H.L., *The World of Books in Classical Antiquity*, Leiden, 1948; RODRÍGUEZ ADRADOS, F., «Cómo ha llegado a nosotros la literatura griega», *Rev. Univ. de Madrid*, 1, 1952, pp. 525-552; DIRINGER, D., *The hand-produced book*, Londres, 1953; DEUBRESSE, R., *Introduction à l'étude des manuscrits grecs*, París, 1954; SCHUBART, *Das Buch bei den Griechen und Römern*, Heidelberg, 1960; PFEIFFER, R., *Historia de la Filología Clásica, I, Desde los comienzos hasta el final de la época helenística*, Madrid, 1981 (Oxford, 1968); REYNOLDS, L.D. & WILSON, N.G., *Copistas y filólogos. Las vías de transmisión de las literaturas griega y latina*, Madrid, 1986, (Oxford, 1968); WEISS, R., *The Renaissance Discovery of Classical Antiquity*, Oxford, 1969; MOROCHO-GAYO, G., «La transmisión de textos y la crítica textual en la Antigüedad», *Anales de la Un. Murcia, Fil. y Letras*, 38, 1979-80; BRASWELL, L.N., *Western manuscripts from Classical Antiquity to the Renaissance. A Handbook*, Nueva York, 1981; CAVALLO, G., (ed.) *Libri... cit; Libri, editori e pubblico nel mondo bizantino. Guida storica e critica*. Bari, 1982; ALSINA, J., *Literatura griega*, Barcelona, 1983, esp. «Contenido y transmisión de la literatura griega», pp. 53-80; KNOX & EASTERLING, *Libros y lectores... cit*; BERNABÉ, A., «Transmisión de la literatura griega», en LÓPEZ PÉREZ, J.A., (ed.), *Historia de la Literatura griega*, Madrid, 1988, pp. 1189-1207.

⁴⁰ Véase ROBERTS, C. & SKEAT, T.C., *The Birth of Codex*, Oxford, 1983; LEMAIRE, J., *Introduction a la codicologie*, Lovaina, 1989; WEITZMANN, K., *El rollo y el códice*, Madrid, 1990.

con no cuidarlas ni copiarlas y dejar hacer a la naturaleza, para que, como si de un lento proceso de tortura se tratara, poco a poco fuesen consumidas cuando la humedad, la polilla o los ratones hubieran destruido el último de sus soportes materiales ⁴¹.

No conviene, en fin, olvidar que la historia de los textos escritos reproduce, fuerzas del azar al margen, la historia ideológica y, en consecuencia, la Historia Social de la Antigüedad. Por eso, si se quiere conocer la Historia, a través del estudio de sus ideologías, es preciso andar tras la voz perdida por otros medios, porque el hecho de que no se nos haya transmitido, en absoluto quiere decir que no haya existido, como, en interesados ejercicios de simplificación-simplismo, tantas veces se quiere hacer ver. La voz transmitida, dígase una vez más, es sólo la voz de unos pocos y sólo su visión representa, por lo que dotarla de un valor de absoluto predominio que, sin duda, no tuvo, no es otra cosa que contribuir a perpetuar una ideología asentada en la explotación económica y en el exterminio de pueblos y gentes. Ese es el supremo mérito de quienes confían demasiado en la impostura de unas fuentes marcadas.

III

En este sentido, no han podido ser más funestas las consecuencias de la tantas veces por mi reprobada *tesis marxista de la ideología dominan-*

⁴¹ Suelen destacarse, con frecuencia, los momentos más espectaculares de la misma, tanto de orden positivo como negativo, como la creación de grandes bibliotecas (o su destrucción), la presencia de emperadores amantes de las letras (o de déspotas represores de las libertades), guerras devastadoras, incendios catastróficos, etc. Existieron, sin embargo, otros fenómenos, quizás menos llamativos, pero de acción más constante y por ello, en mayor medida responsables de ese «proceso de selección por el cual sólo una mínima parte de la producción total se ha conservado» (BERNABÉ, A., «Transmisión...» *cit.*, pp. 1189). Entre ellos deben destacarse: 1. La escasez o falta de bibliotecas, así como la inexistencia de algo parecido a «derechos de autor», hicieron que una vez publicada la obra estuviese expuesta a perderse o a sufrir alteraciones. La ubicación de las bibliotecas, como su mantenimiento financiero y administrativo propiciaron que no se descuidase el control sobre sus contenidos, si bien en el caso de las colecciones privadas de los magnates romanos se podría esperar, en este caso, mejor suerte. 2. La existencia y proliferación, ya desde el s. IV a. C. de antologías, resúmenes, compilaciones y epitomes, que permitirían, con la excusa de conservación de extractos más manejables y útiles, la expurgación parcial de sus contenidos y, desde luego, la pérdida del original. 3. Presencia, en determinadas épocas, de «cánones», que no dejaron de traducirse en mimos y cuidados para unos y, también, en el relegamiento de otros. 4. Existencia de intereses específicos de escuelas, filosóficas o literarias, que, en sus afanes polemizantes, habrían de realzar tanto sus propios escritos como los de sus felices precursores, pero que no dudaban en olvidar, falsear o ridiculizar y distorsionar, para, de este modo, derrotar más fácilmente, las obras de sus adversarios, debiendo destacarse cuán cerca estuvieron algunas escuelas del poder político, resultando sus obras «milagrosamente» conservadas, gracias, sin duda, al soporte de un poder complacido. 5. Omnipresencia de fuerzas censoras, amparadas en el recurso del «deber ser», pero con trágicos momentos de exaltación, como el del Cristianismo triunfante, que culminaría la obra desastrosamente filtrante iniciada con el tránsito del rollo al códice.

te⁴², paradójicamente coincidentes con las teorías sociológicas de los funcionalistas estructurales parsonianos, eternos cantores de la *cultura común* y con los siempre presentes voceros del *fin de las ideologías*.

Pocos asertos teóricos han perjudicado más gravemente el conocimiento de las condiciones de existencia de las, en mala hora, llamadas «mayorías silenciosas de la Historia», a través del estudio de sus creencias, valores y representaciones mentales, que el seguidismo acrítico y miope de las palabras de Marx y Engels en la ideología alemana: «*Las ideas de la clase dominante son las ideas dominantes en cada época; o, dicho de otro modo, la clase que ejerce el poder material dominante en la sociedad es, al mismo tiempo, su poder espiritual dominante*». Ello es cierto, sobre todo, cuando marxistas, pretendiendo, y logrando, para su ruina teórica, ser más marxistas que Marx, no han dudado en exagerar el alcance de estas palabras para llegar a negar las posibilidades de existencia autónoma de ideologías, separadas, y aún enfrentadas, a la emanada de la clase dominante. Obligados, para redondear su concepción del universo social, a disponer una explicación a la aparentemente paradójica estabilidad de sistemas sociales contradictorios, sobre todo del capitalismo, se propuso una peculiar salida de emergencia a través de una curiosa ordenación de sus elementos ideológicos, capaz de lograr la integración de las clases subordinadas mediante la ocultación de las relaciones de explotación existentes y la impulsión de expectativas erráticas en las masas. En el fondo, la tesis que sostiene la existencia de esos sistemas de engaños permanentes, a que se ven sometidas las mayorías, no deja de suponer una predisposición negativa hacia esas masas más preparadas y corresponsables, por tanto, en su propia instrumentalización. Lo que late, tanto en la base de esta tesis como en la de otras similares, es un desprecio y una desconfianza hacia la capacidad de unas gentes, que, por ello, han de ser liberadas, redimidas y dirigidas por otras mentes rectoras e iluminadas.

El concepto gramsciano de *hegemonía*, aún no atreviéndose a negar del todo esa especie de semillas de autonomía de las masas que constituirían su *sentido común*, habría de poner la primera piedra de ese gran mu-

⁴² No se intenta desarrollar, en este lugar, en buena hora pensado y propiciado para otros fines, la atrevida tarea de acoso y derribo de una teoría que tan buenos servicios ha prestado (y esperamos que, sin precipitaciones y debidamente sometida a debate, siga prestando) a la comprensión de la compleja sociedad contemporánea. Sólo se pretende llamar la atención, mediante la provocación razonable y la siembra de dudas legítimas, pero con la energía y tesón convenientes, sobre los graves riesgos teóricos, lamentablemente ya constatados, y las funestas consecuencias metodológicas derivadas de la aplicación frívola y gratuita de sistemas teóricos, estrechamente enlazados —por su origen y perspectivas— con la sociedad actual, a otras formaciones históricas, distanciadas de ésta no sólo en el tiempo sino también en sus fundamentos demográficos y socioeconómicos y, naturalmente, también, en sus características ideológicas. Véanse mis artículos citados, en los que, además se incluye la bibliografía oportuna sobre el tema de las ideologías, especialmente ABERCROMBIE, N. & HILL, S. & TURNER, B., *La Tesis de la ideología dominante*, Madrid, 1987.

ro teórico condenado a obstaculizar la visión de las actitudes y sensibilidades de los desposeídos por parte de unas gentes que decían (y sin duda creían) dedicarse a la liberación material y espiritual de los mismos. Porque, sobre sus huellas, *la teoría de la legitimación* de Habermas y, en mayor medida, por su amplia difusión, la peculiar disposición althusseriana de los conceptos de Aparato Represivo (ARE) y Aparato Ideológico del Estado (AIE) aseguraba el papel insustituible de la ideología dominante en la estabilización y reproducción de las relaciones de producción. Al apuntalamiento definitivo del muro aludido, se iban sumando los esfuerzos de nuevos arquitectos de la Teoría con el aporte de materiales de refuerzo, como la *Tesis del instrumentalismo ideológico* consciente de Miliband o la constante circulación de los conceptos de *predominio de clase e ideología dominante* de Poulantzas, *la teoría de la acción ideológica omnipresente*, aunque encubierta y disfrazada de Lukacs o la idea de *hegemonía saturadora de la conciencia* y el concepto de *tradición cultural selectiva* de Williams, por aludir sólo a algunos de sus jalones más representativos.

En el paroxismo constructivo por rematar una obra que impidiera captar las sensibilidades de las mayorías, siempre menospreciadas en cuanto a sus posibilidades mentales y afectivas, han colaborado otras corrientes teóricas de amplio arraigo y signo, social y teórico, diferente, por no decir opuesto, trabajando en ello, sobre todo, sin descanso, los herederos del catecismo funcionalista-estructural, visionarios de un orden social estable, gracias a la existencia de una *cultura común* y unos *valores* compartidos. Hubo de ser, sin duda, el peculiar desarrollo de los conceptos durkheimianos de *conciencia colectiva* y *freno moral*, basados en la homogeneidad cultural y consenso de valores, lo que habría de proporcionar a Parsons el convencimiento de que el uso de la fuerza no podría servir, a largo plazo, como garante de una estabilidad social que solo podría lograrse a través de la generalización de unas vivencias comunes y unos mismos patrones culturales, insertados en sus miembros mediante concienzudos esfuerzos de socialización. De este modo, para los funcional-estructuralistas de hoy, si es que miran hacia la Historia, —lo que no es poco, pues les concedería algún interés por el conflicto y el cambio social, por la Historia, en suma— la explicación a la estabilidad de las sociedades históricas estaría en la generalización de un «sistema de valores compartidos», de unas vivencias comunes, de «un consenso moral», de unos «universos simbólicos» y virtudes aceptados, en suma, de una *cultura común*. (¡Qué próximos están a aquellos teóricos marxistas defensores a ultranza de la tesis de la ideología dominante!)

Las consecuencias de la irrupción de estas teorías en la Historia Antigua no han podido ser más nefastas a la hora de detener la doble injusticia con el hombre común, porque, desposeído ya en su tiempo de los bienes materiales, ahora ha de resultar privado, incluso de su humanidad. Porque,

si se acepta que las *ideas de la clase dominante* predominaron ampliamente en toda la sociedad, si una misma *cultura común* impregnó, hasta la médula, a todos sus miembros, conociendo esas ideas de la clase dominante, esa cultura común, entraríamos en contacto con *toda* la sensibilidad de aquella sociedad. Ya no importaría, entonces, que las fuentes escritas utilizadas provinieran, casi exclusivamente, de la producción intelectual, y expurgada, además, de la clase propietaria, porque resultarían legitimadas para el certero conocimiento de las formas de conciencia y representaciones mentales de todas las gentes. ¡Curioso consenso éste, de marxistas sostenedores de la tesis de la ideología dominante, de sociólogos de la cultura común y de neopositivistas y liberal-idealistas, herederos naturales de los intereses de aquellos otros que produjeron las fuentes escritas de la Antigüedad! ¡Todos juntos y revueltos para negar, desde la presunta fortaleza de sus construcciones teóricas, la capacidad de todo ser humano de portarse como tal! ¿Por qué no se mezclan, de una vez, esos teóricos con esas gentes a las que llaman «masas» para, impregnados de nueva sensibilidad (porque resulta que tienen sensibilidad), intentar hacer la Historia «desde abajo»?

Ahora bien, que algunos marxistas necesiten argumentos para redondear su concepción social, no puede exonerar de responsabilidad a sus patrocinadores, porque el argumento buscado resulta absolutamente gratuito, teóricamente innecesario y, además, históricamente falso. A los citados patrocinadores de esta tesis habría de corresponder el asumir el *onus probandi* del aporte de pruebas empíricas de que el mundo antiguo disfrutó de ese universo mental compartido, de que los valores y creencias emanados de los «señores de la escritura» eran aceptados, generalizadamente, por los demás. Y no lo hacen. Sólo son capaces de ofrecer esa especie de tosca y diluida «causa final» que alude a su propia necesidad (y, también, impotencia) de explicarse, de otro modo, la estabilidad de las sociedades contradictorias. No parece buena coartada, ni siquiera para adormecer el inevitable sentimiento de culpa de quienes, por otra parte, en otros ámbitos, teóricos y prácticos, han demostrado estar del lado de los oprimidos. Lo que sí parece indicar, en cambio, es la incapacidad de unos intelectuales para despojarse de un no confesado ni reconocido afán de liderazgo, de un deseo mal reprimido de primar el papel de aquellas cualidades que creen poseer y que habrían de permitirles gozar de un papel decisivo en la propia comunidad. Porque, desde luego, si se les aplicara a esos intelectuales su propia *Teoría de la legitimación*, al poner en relación su devota insistencia en defender la primacía de los elementos cultural-ideológicos para la estabilidad y reproducción de las relaciones sociales contradictorias con su íntima necesidad de lograr y asegurarse tanto el reconocimiento social de sus pautas de conducta como la autosatisfacción por la transcendencia de sus nobles y cultas vidas, habrían de quedar, como sus tesis, en situación comprometida.

No me corresponde, en una publicación de Historia Antigua, atender el reto de intentar llenar los vacíos de la reflexión teórica marxista, ni tampoco se trata, por otra parte, de negar absolutamente la relativa eficacia del impacto de la ideología de la clase propietaria a la hora de inhibir el desarrollo de otras ideologías ni su capacidad para integrar, un tanto, a los demás grupos y, sobre todo, a sí mismos. Solo se pretende obstaculizar sus versiones más radicales, y ello, en cuanto dificultan o impiden la visión del pasado y, aunque en menor medida, del presente. Pero tampoco se puede ser ajeno a la cuestión de la estabilidad de las sociedades. ¿Cómo se logró entonces? Puede que, hasta cierto punto, gracias a la eficacia, siempre relativa, de los mecanismos de acción ideológica, pero, sobre todo, *por el uso de la fuerza*, ejercida por aquellos que tenían a su alcance la capacidad de decidir sobre las posibilidades de subsistencia de los desposeídos, y por la fuerza militar, apoyadas ambas por esa otra tercera fuerza que es la fuerza de la Ley. Todas ellas en las mismas manos.

Así pues, los amplios períodos de aparente quietud de las gentes no deben hacer pensar en su sumisión voluntaria, ni en la aceptación conformista y complacida de sus condiciones de existencia, ni en la defensa compartida de un orden y unas normas tenidas como buenas, en virtud, bien de las capacidades especiales de la clase propietaria, bien de un pretendido mandato divino. *Su aparente quietud era sólo la consecuencia del miedo y de la intimidación* a que se veían permanentemente sometidos. Hubo de ser el miedo, suscitado en las gentes por la constante acción intimidatoria, más o menos conscientemente promovida por la clase propietaria y también por sus precarias condiciones de existencia, el principal agente de su sumisión, que no integración voluntaria. Y el mundo antiguo fue un mundo de miedos constantes: miedo a padecer la coerción económica, miedo a sufrir la represión militar, miedo a soportar el castigo de la Ley, miedo a perder los distintos tipos de recompensas materiales y espirituales con que todo sistema capta sus adeptos.

Porque, de otro modo, se perpetuaría el panorama de unas gentes que vivieron bajo la amenaza permanente de ser despojados de su propiedad o del puesto de trabajo, muchos de ellos objeto de propiedad ajena, permanentemente atemorizados y, ahora, privados, por obra de teóricos e historiadores, de su racionalidad, como auténticos brutos ya, incapaces de pensar y sentir por sí mismos, de captar sus condiciones de existencia, de notar la explotación a que son sometidos, naturalezas descerebradas, cuerpos sin alma, ya simples domésticos felices en su situación miserable, aceptando como bueno el brutal proceder de sus amos, patronos y guardianes. Entre unos y otros ya han logrado, por fin, crear esa maraña ideológica para mejor reposo de los pocos, que ya, seguros de sí mismos y tranquilos, pueden esperar los tiempos futuros porque de ellos sólo puede proceder la razón, las verdaderas creencias, el pensamiento justo, la sensibilidad adecuada y, en consecuencia, el ejercicio legítimo del poder y la fuerza.

No es posible el silencio. Devuélvase, de una vez, a aquellas gentes —como a tantas de hoy, de voz cautiva— su humanidad secuestrada, acéptese; ya, su indiscutible capacidad de disfrutar de creencias, valores, sensibilidades y formas de conciencia propias, que sus contemporáneos afrentaron y que sólo los estudiosos de hoy han logrado arrebatárles. Escúchese su voz, tantas veces virgen de escritura, con el sencillo ejercicio de querer escucharla y surgirá un eco humano a menudo disidente. Reléguense, en fin, los interesados prejuicios contenidos en «la tesis de la ideología dominante» de unos marxistas que no saben o no quieren explicarse la no rebelión de los oprimidos, como la callada complicidad de sus taimados adversarios, congratulados y felices con una teoría que tan bien les viene haciendo el trabajo sucio.

IV

Uno de los temas que, con más nitidez, puede asistir a la comprensión del fenómeno que se viene analizando, lo constituye la atención al soporte mismo de las fuentes escritas, la escritura y, en concreto, su influjo sobre las distintas sociedades, que, siendo múltiple en cuanto a sus consecuencias, sin embargo, recibe un tratamiento muy diferente, según se observe desde las posiciones pretendidamente asépticas y siempre optimistas del pensamiento liberal-tecnocrático o desde actitudes más sensibilizadas ante las posibles repercusiones sociales de todo evento histórico. No deja de sorprender el considerable volumen de estudios aparecidos, en los últimos años, sobre estas cuestiones, hecho, que debe ponerse en relación con la preocupación que, en determinados sectores sociales, está provocando la imparable expansión de los nuevos sistemas audiovisuales y las últimas tecnologías informáticas⁴³. La proliferación de publicaciones, no obstante, ha de considerarse normal, si se tiene en cuenta que interesarse por las consecuencias de la arribada de la escritura en otros tiempos y lugares no resulta muy diferente a preguntarse por las posibles consecuencias de la repentina expansión de las nuevas tecnologías de la comunicación en nuestro mundo, a causa de la lógica preocupación por prever consecuencias y soluciones. Sin embargo, la primera impresión que suscita la contemplación

⁴³ Véanse, entre otros, GOODY, J. (ed.), *Literacy in Traditional Societies*, Cambridge, 1968; *La raison graphique (La domestication du pensée sauvage)*, París, 1979; BASSO, K.H., «Review of Goody, 1977», *Language and Society*, 9, pp. 72-80; SCRIBNER, S. & COLE, M., *The Psychology of Literacy*, Cambridge, 1981; TANNEN, D., *Spoken and Written Language: Exploring Orality and Literacy*, Norwood, 1982; ROMAINE, S., *Socio-Historical Linguistics*, Cambridge, 1982; STREET, B.V., *Literacy in theorie and practice*, Cambridge, 1984; MURPURGO, A., «Forms of Writing in the Ancient Mediterranean World», en BAUMANN, G., *The Written Word, Literacy in transition*, Oxford, 1986, pp. 51-77; HARRIS, W.V., *Ancient literacy, ...cit.*

de tal abundancia de escritura sobre escritura ⁴⁴ es la de que la Historia y Etnografía de la propia escritura están aún por hacer ⁴⁵. Apareciendo, en segundo lugar, con toda claridad, un incontestable predominio, en casi todas las obras, de un halo de entusiasmo, más o menos agresivo, sobre los efectos positivos de su aparición y extensión en las distintas sociedades, que debe vincularse con el hecho mismo de que sea la propia escritura la que opine sobre sí misma. Porque son los mismos usuarios de ésta quienes, contando y cantando los méritos de su propia tecnología, con el apoyo del pasado, revitalizan su propia dimensión y transcendencia en el mundo, llegando, frecuentemente, a la afirmación de que la evolución de las mentalidades y, también, de los modos de pensamiento está determinada por la evolución de los modos de comunicación, resultando, así, los portadores de la escritura, responsables de los grandes progresos de la Humanidad ⁴⁶.

El optimismo unilateral, que estas concepciones traducen, no deja de resultar socialmente frívolo y teóricamente aventurado, por cuanto podría suponer unas actitudes ingenuamente complacientes con los efectos sociales de los modernos recursos tecnológicos de la información y comunicación, que, carentes de la debida regulación, podrían acarrear unas consecuencias, quizás no tan halagüeñas, que el mundo futuro habría de soportar. Por otra parte, tanto desde el ángulo estrictamente teórico como desde el empírico, perspectivas provenientes de otras vías de reflexión (como la Etnología, Sociología y Psico-biología) disminuyen, seriamente, la amplitud

⁴⁴ Aún recogiendo los acuerdos sobre la caracterización de la escritura de SAMPSON, G., (*Writing Systems*, Londres, 1985) y a pesar de reconocer la dificultad de su definición, aceptamos con POCA, A., (*La escritura. Teoría y técnica de la transmisión*, Barcelona, 1991) que se trata de un «sistema de intercomunicación humana de ideas específicas, por medio de marcas permanentes visibles y convencionales».

⁴⁵ Incluso la denominada «ciencia de la escritura» está en sus inicios. No hay acuerdo ni siquiera sobre su posible nombre futuro. Se han propuesto, entre otros, el de Grafología, Grafonomía, Gramatología, Escriptología, Filografía, Gramatografía, etc. (Cf. RUIZ, E., *Hacia una semiología de la escritura*, Madrid, 1992). Van intentándose, no obstante, como primer paso, historias, generales y locales, de la Escritura. Por ejemplo, FEVRIER, G., *Histoire de l'écriture*, París, 1959 (2^a); GELB, I., *Historia de la escritura*, Madrid, 1976 (2^a); CHOLLOT-VARAGNAT, M., *Les origines du graphisme symbolique*, París, 1980; GAUR, A., *A History of Writing*, N. York., 1985; CARDONA, G.R., *Storia Universale della Scrittura*, Milán, 1986; CURTO, S., *La scrittura nella storia dell'uomo*, Milán, 1989; sígase, no obstante, para los temas aquí suscitados, la prometedor trayectoria de la obra de CAMBIANO, G., CANFORA, L. Y LANZA, D., (dirs.), *Lo spazio letterario della Grecia Antica*, estructurada en tres vols. (I. *La produzione e la circolazione del testo*, II. *La ricezione e l'attualizzazione del testo*, III. *Cronologia e bibliografía della letteratura greca*, de los cuales ya se ha publicado el primer tomo del primer volumen, *La polis*, Roma, 1992).

⁴⁶ Entre los más destacados, tanto por la finura de su análisis como por su carácter pionero y la transcendencia de sus obras, HAVELOCK, E.A., (Véanse, sobre todo, *Preface to Plato*, Oxford, 1963; *Prologue to greek Literacy*, Toronto, 1976; *The greek Concept of Justice from its Shadow in Homer to its Substance in Plato*, Cambridge, 1978; *The Literate Revolution in Greece and its Cultural Consequences*, Princenton, 1982; *The Muse Learns to Write. Reflections on Orality and Literacy from Antiquity to the Present*, Londres, 1986).

del hiato establecido entre pensamiento alfabético y prealfabético, de modo que ese vacío, ya más pequeño, entre sociedades prealfabéticas y alfabetizadas, no resultaría imputable, en exclusiva, ni siquiera en forma predominante, al influjo de los cambios en las formas de comunicación⁴⁷. Es sólo la tendenciosa y complacida arrogancia del pensamiento tecnocrático quien puede incitar a la minimización de la capacidad de pensamiento de los no alfabetizados, en tanto se sigue arrogando para sí misma el monopolio del dominio exclusivo sobre la razón pensante, concediéndose el, para ella, supremo mérito de la innovación y el progreso. Desde luego, un enfoque de perspectiva más generosa debe partir de la concepción de la escritura, aunque cueste trabajo situarse en la prehistoria de nuestras formas de comunicación, como una tecnología más, por muy importante que sea, aunque el hecho de haberla interiorizado por tantos siglos de uso, llegue a impedir asumirla como tal y a concebirla, en cambio, como una capacidad de la que unos están dotados y otros no, como una especie de dimensión natural de la valía de las gentes⁴⁸.

No parece resultar aventurado sostener, como se viene aceptando generalmente, una mayor capacidad de impacto a la irrupción y extensión de la escritura en el marco de unas sociedades orales que a la llegada de los otros dos grandes sucesos ocurridos en las técnicas de comunicación (impresión y audiovisuales-informática) en sus respectivos ámbitos espacio-temporales, pudiendo resultar extenuante el intento de especificar y sistematizar la enorme diversidad fenomenológica, de carácter predominantemente intelectual, que acompañó a la difusión del uso de la escritura. Sin ánimo de agotar el cúmulo de «favores» que ha prestado a la Humanidad, éstos son los que, con más insistencia, le han concedido los estudiosos⁴⁹:

1. Promoción de la objetividad en el proceso cognitivo al separar lo conocido del agente conocedor, mediante la interposición del texto escrito.

⁴⁷ En esta misma dirección, BAINES, J., «Literacy and Ancient Egyptian Society», *MAN*, 1983, pp. 572-599; MORPURGO, A., «Forms of Writing...» *cit.*

⁴⁸ Para una profundización en la concepción de la escritura como tecnología, véase, sobre todo, ONG, W., *Orality and Literacy. The Technologizing of the Word*, Londres, 1982, así como su «Writing is a Technology that restructures Thought», en BAUMANN, G., (*cit.*) pp. 23-50; CLANCHI, M.T., *From Memory to Written Record: England, 1066-1307*, Cambridge, 1979.

⁴⁹ Cf. HAVELOCK, E.A., además de sus obras citadas, «The Linguistic Task of the Presocratics, Part one: Ionian Science in Search of an Abstract of vocabulary», en ROBB, K. (ed.), *Language in Early Greek Philosophy*, La Salle, 1983; GOODY, J., además de su *Raison graphique*, ya citada, *The Interface between the Written and the Oral*, Cambridge, 1987; INNIS, H., *Empire and Communications*, Londres, 1950; MC LUHAN, *The Gutenberg Galaxy*, Toronto, 1962; STOCK, B., *The Implications of Literacy: Written Language and Models of Interpretation in the Eleventh and Twelfth Centuries*, Princeton, 1983; Resulta expresiva la forma de definir esta tendencia por G. NIEDDU, («Alfabetismo...» *cit.*, p. 234): *una linea interpretativa che fa dependere in maniera diretta e pressoché esclusiva l'evoluzione delle forme di pensiero da modificazioni intervenute nelle tecniche di comunicazione e conservazione e nelle condizioni materiali di realizzazione ed uso dei prodotti «letterari».*

2. Impulsión de la capacidad analítica, al posibilitar la separación de los datos de los datos mismos.

3. Profundización en el examen detenido de los diversos contenidos, gracias a la quietud del espacio visual del texto.

4. Redimensionamiento, agilización y aumento en las posibilidades de comunicación, con respecto a las formas orales, al permitir el establecimiento de distancias, en el tiempo y en el espacio, entre las fuentes de emisión y los entes receptores.

5. Aumento de la precisión verbal, con respecto a las formas de expresión oral, como se manifiesta, particularmente, en la forma de relacionarse con los distintos momentos del tiempo, posibilitando la superación, sin trabas, de la barrera del pasado de la del presente.

6. Fomento, ya desde otra perspectiva, de las actividades humanas comprendidas en el término «administración», que, a su vez, podrá diversificarse en sus distintos campos (civil, religioso, comercial, etc.), lo que, en sentido estricto, resulta desconocido en sociedades orales.

7. Diferenciación entre el pensamiento lógico y el retórico, promoviendo, sin cesar, la estructuración del pensamiento discursivo.

8. Separación de las formas de aprendizaje académico y culto de las formas de transmisión de la sabiduría popular, favoreciendo e impulsando tanto la transmisión del pensamiento abstracto como la del concreto, con la consiguiente capacidad de estructuración del primero, con independencia de su integración en el mundo del momento. Aunque deba corresponder a los estudiosos de la Historia de la Pedagogía el seguimiento del modo en que la introducción de la escritura afectó a la Pedagogía, parece evidente que debió repercutir ampliamente en la potenciación del aprendizaje frente a los viejos usos basados en el dominio de las armas y la palabra hablada.

9. Tendencia a propiciar y acelerar la disgregación lingüística de la sociedad entre unas formas de expresión cultas, severas y refinadas, impulsadas y controladas por la escritura, y un lenguaje más llano, ajeno o poco influido por ella, cuya grieta habría de tender a ampliarse progresivamente.

10. Posibilidad de separación-abstracción del ser pensado del momento en que el agente pensante lo concibe, lo que resulta indispensable por el desarrollo del pensamiento filosófico y científico, que depende, para el establecimiento de las debidas correlaciones causa-efecto, de la escritura, tanto para utilizar, racionalmente, conceptos y abstracciones como para realizar las sucesivas revisiones de los mismos. Se permite, así, examinar de forma más detenida el saber de uso corriente, separando el «lógos» de la «dóxa», con el análisis sistemático de datos, la formalización de esquemas clasificatorios y la experimentación repetida de relaciones de causalidad. Con el contraste de teorías sentadas sobre el papel, se harían posibles nuevas formas de escrutinio, se abrirían nuevos caminos de investigación, aplicando ya, sistemáticamente, los principios de demostra-

ción y contradicción, cuyos resultados, además, quedarían acumulados para futuras operaciones mentales y para las generaciones venideras ⁵⁰.

11. Fomento, por tanto, gracias a las posibilidades de crecimiento ilimitado de los recursos informativos, ante la limitación natural de las culturas orales, por muy desarrolladas que pudieran ser sus memorias, del desarrollo científico en sus diversos campos ⁵¹.

12. Impulsión de la conciencia histórica y del debilitamiento consecuente del cosmocentrismo y del carácter mágico-mítico del pensar primitivo con sucesivas ampliaciones del histórico, de modo que, aún cuando ambas formas de mirar y sentir hubieran de convivir siempre, la correlación de fuerzas resultaría seriamente afectada por el impacto de la escritura, capaz no sólo de registrar, acumular y conservar datos sino también de permitir la atención y el estudio crítico de los mismos.

13. Racionalización, planificación y programación tanto de la vida privada como de la pública, a corto o medio plazo, mediante el establecimiento de pautas de conducta, y demarcación de prioridades, a través de la elaboración de listados convenientemente jerarquizados.

14. Enriquecimiento del campo expresivo, puesto que existen contenidos de pensamiento y experiencias sensibles muy difíciles de expresar oralmente.

15. Impulsión del desarrollo de la propia racionalidad individual, ya que, tanto el acto de escribir como el de leer lo escrito, incitan al diálogo interior y al repensamiento conceptual sin la urgencia ni la presión de la expresión hablada.

16. Agilización y estimulación, hasta convertirse en elemento indispensable e insustituible, de formas económicas complejas, según no dejara ya de recordar Aristóteles con sus *grámmata pròs khrematismòn kai pròs*

⁵⁰ La forma en que los modos de conocimiento habrían de determinar los contenidos de ese mismo conocimiento han sido descritos, con gran precisión por SEGAL, CH., «Verité tragédie et écriture», en DETIENNE, M., *Les savoirs de l'écriture en Grèce ancienne*, Lille, 1988, pp. 330-331: *Cette relation entre moyen d'expression et contenu intellectuel a été particulièrement profonde pendant une période qui perfectionnait ses outils d'expression dans presque tous les domaines: le nouveau pouvoir mimétique des arts plastiques, le développement de la prose comme un instrument souple qui permet de raisonner avec une complexité nouvelle dans l'argumentation et la technique persuasive, ainsi que d'enregistrer des événements avec une force narrative émouvante. C'est aussi l'époque de mouvement sophistique, des premières théories relativistes de perception, d'une spéculation intense autour de la nature de language et des limites de la communication et du savoir...écrire a sûrement joué un rôle majeur dans cette prise de conscience intellectuelle. La culture écrite croissante du Vème siècle a entraîné une plus grande tendance à la conceptualisation et à l'abstraction; elle a encouragé de nouvelles façons d'exprimer les résultats de telles recherches, en particulier l'écriture historique, scientifique et philosophique.*

⁵¹ Véase, especialmente, GOODY, J., *The interface...*, cit, sobre todo, su cap. II, «Literacy and Achievement in the Ancient World», pp. 59-77, teniendo en cuenta ya las matizaciones y objeciones de LLOID, G.E.R., *Magic Reason and Experience: Studies in the rigins and Developments of Greek Science*, Cambridge, 1979.

oikonomián (Pol. 8.3=1338a 15-17). Desde luego, parece difícil concebir, por ejemplo, una actividad comercial, medianamente desarrollada, sin unos niveles mínimos de escritura ⁵².

17. Capacidad, en fin, de autoperfeccionamiento ilimitado como tecnología de la expresión y de la comunicación, al permitir el sosegado examen visual, la meditación tranquila, la reflexión profunda, el rigor del análisis y, en consecuencia, los cambios, modificaciones y sustituciones hasta lograr afinar sus posibilidades de expresión a los más diversos pensamientos o sensibilidades ⁵³.

Resultaría, igualmente, prolijo el intento de enumerar y especificar las diversas maneras en que sus prestaciones se concretaron, tanto con relación a la vida pública como a la privada y en relación con la economía, la política, la administración, la religión, la literatura o, simplemente, con las necesidades vitales individuales. En 41 grandes usos, que, sin duda, podrían ampliarse, resume Harris ⁵⁴, después de recoger los dos célebres pasajes

⁵² Cf., por ejemplo, CARDONA, G.R., *Antropologia della scrittura*, Turín, 1981, pp. 19 ss., así como LOMBARDO, M., «Marchands Transactions économiques, écriture», (en DETIENNE, M., *Les savoirs...cit.* pp. 159-187), quien refleja el vivo debate sobre el tema, desde quienes han negado o disminuido la importancia de la escritura para las transacciones económicas hasta quienes difícilmente son capaces de concebir un comercio griego arcaico sin hacer algún tipo de uso de la misma.

⁵³ Con ello, se superaría ampliamente la capacidad discursiva oral, que sólo puede recurrir al apoyo, como constante recurso mnemotécnico y como cuadro estructural recurrente, a la fórmula. (Por fórmula se entiende, por recordar a uno de los pioneros en su estudio, LORD, A.B., «aquel grupo de palabras empleado regularmente en las mismas condiciones métricas para exprimir una idea esencial», o, con GOODY, J., «toda expresión acabada por la cual cualquier cosa es definida o establecida habitualmente»). En cualquier caso, el lenguaje escrito representaría siempre (continuamos siguiendo a Goody) algo diferente de la mera representación visual del lenguaje oral, siendo capaz de cambiar progresivamente la sensibilidad de quien lo ejecuta hasta llegar a promover nuevas actitudes mentales, un modo diverso de recibir los mensajes, de pensar incluso de ser, tal como ha afirmado, MC LUHAN, (*Gli strumenti del comunicare*, Milán, 1971, citado por CAVALLO, G., *Libri... cit.*, p. XI).

⁵⁴ *Op. cit.* pp.26-27. Vale la pena recogerlas:

1. Para indicar propiedad.
2. Para hacer cuentas.
3. Para hacer ofertas de venta.
4. Para extender recibos.
5. Para etiquetar géneros o productos.
6. Para indicar pesos o medidas.
7. Para hacer contratos.
8. Para escribir cartas.
9. Para dar instrucciones a los subordinados.
10. Para tomar nota de información útil para uno mismo.
11. Para expresar deseos.
12. Para registrar tratados.
13. Para establecer estatutos legales.
14. Para publicar un edicto.
15. Para exhibir eslóganes políticos.
16. Para poner leyendas sobre las monedas.

en que tanto Aristóteles (*Pol.* 8.3) como Diodoro (12.13) evocan las bondades de la escritura, sus funciones, proporcionando la medida de su valor como tecnología. Su posesión hubo de representar, de manera difícilmente evaluable en nuestros días, una posición de privilegio para sus detentadores, insalvable para quienes no la dominaban, contribuyendo enérgicamente a asegurar, robustecer y perpetuar las contradicciones sociales existentes.

Y sin embargo, en conexión con viejos mitos liberal-idealistas, se sigue considerando, todavía, a la escritura como un hecho cultural, socialmente neutro, que afectó positivamente al desarrollo económico, social y cultural, aportando posibilidades para el progreso personal, según las capacidades y méritos de los individuos y ofreciendo perspectivas, por tanto, para la superación de las desigualdades. Aún más, no suelen detenerse en esta última perspectiva los cantores del progreso —del progreso de unos pocos, logrado a costa de los demás— sino que, obnubilados por tan extraordinarias prestaciones, se dejan transportar, arrebatados por orgasmos de mutua complacencia, a ciegos enamoramientos que habrán de traducirse en visiones unilateralmente idealizadas del proceso ⁵⁵. Por otra parte y para

17. Para emitir un voto.

18. Para registrar procedimientos judiciales.

19. Para registrar conductas de funcionarios.

20. Para compilar archivos militares.

21. Para compilar listas de ciudadanos.

22. Para registrar una concesión de ciudadanía.

23. Para dar constancia de manumisiones.

24. Para declarar un nacimiento o una muerte.

25. Para registrar los nombres de los magistrados.

26. Para aplicar o para solicitar el ejercicio de la autoridad.

27. Para responder solicitudes.

28. Para anunciar hospitalidades.

29. Para honrar o distinguir a las personas.

30. Para conmemorar la presencia de alguien.

31. Para recordar a un muerto.

32. Para dedicar algo a los dioses.

33. Para publicar un calendario religioso.

34. Para recoger oraciones.

35. Para propagar profecías.

36. Para recoger hechizos mágicos.

37. Para maldecir a alguien.

38. Para transmitir la historia sagrada.

39. Para transmitir trabajos de Literatura.

40. Para transmitir compendios de información.

41. Para realizar trabajos escolares.

⁵⁵ Sirvan de ejemplo, las palabras de J. GOODY (*Le raison ...cit.*, p. 221): *L'écriture est génératrice d'une conscience plus grande des formes et de la formalisation. Mais cette formalisation, si elle a toujours pour fonction de conserver, n'est pas toujours conservatrice: elle fut condition la condition préalable du progrès rapide des connaissances qu'on connu les cinq derniers millénaires, le fondement de tous les développements majeurs dans les domaines artis-*

delimitar nuestra forma de comprender el fenómeno, el reconocimiento de la intervención de la tecnología de la escritura en el despegue de la racionalidad humana, individual y colectiva, en sus múltiples campos, no implica, en modo alguno la concesión de que sea su causa exclusiva, como, en buena medida podría hacer suponer el «modelo de comprensión autónomo», patrocinado, fundamentalmente por Goody⁵⁶ o Havelock (¡Como si «el capital cultural» flotara libremente en el gran océano de la Historia!).

Oportunamente, diversos autores⁵⁷ han ofrecido el «modelo ideológico», que, juzgando los procesos de alfabetización como prácticas esencialmente ideológicas, intentan comprenderlas y explicarlas en el contexto de otras prácticas sociales, por lo que la responsabilidad de sus prestaciones, las consecuencias de su impacto, no serían ya nunca exclusivas, ni autónomas, sino imbricadas en su contexto histórico-social. El hecho, en fin, de que, en el momento en que se producía la expansión de la escritura, se produjera también la espléndida manifestación del despegue intelectual griego, no puede conducir al establecimiento apresurado de relaciones de causa-efecto⁵⁸, sino, en todo caso, y aún reconociendo mutuas influencias, a la vinculación de todas ellas con el marco de unas relaciones sociales específicas que ofrecieron a la clase propietaria y a los grupos estrechamente ligados a ella unas condiciones muy favorables para acceder al disfrute de las mismas. No debe relegarse, por otra parte, y es un considerando que debe presidir siempre toda reflexión sobre el tema en cuestión, que el dominio de la tecnología de la escritura, estuvo, durante toda la Antigüedad, en muy pocas manos y que, incluso, esas pocas gentes, estuvieron, también, imbuidas de una cultura oral absolutamente predominante, no prestándose, en general, suficiente atención a la forma en que la ciencia griega pudo resultar deudora de las viejas ideas tradicionales, de las antiguas creencias populares⁵⁹, originadas y conservadas a través de la oralidad creadora, a las que, eso sí, habría de im-

tiques et surtout scientifiques. L'écriture a une importance décisive, non seulement parce qu'elle conserve la parole dans le temps et dans l'espace mais aussi parce qu'elle transforme le langage parlé: elle en extrait et abstrait les éléments rétrospectifs; ainsi la communication par l'oeil engendre des possibilités cognitives nouvelles par rapport à celles qu'offre la communication par la voix.

⁵⁶ Especialmente, *The interface...cit.*

⁵⁷ Por ejemplo, CLANCHY, M., *From Memory to Written Record... cit.*; GRAFF, H.J., *The Literacy Myth. Literacy and Social Structure in the 19th Century City*, Nueva York, 1979; COLE & SCRIBNER, *The Psychology... cit.*; STREET, B., *Literacy in Theorie... cit.*; BAUMANN, G., en su «Introduction» a *The Written Word... cit.*, y, sobre todo, HARRIS, W.V., *Ancient Literacy*, especialmente sus capítulos, «The Spread of Literacy in Archaic times» y «The Classical Growth of Literacy and its Limits», pp. 65-115.

⁵⁸ Experiencias actuales, sobre las consecuencias de la intrusión de la escritura en pueblos analfabetos, jamás llegan a constatar esa rápida progresión intelectual, tantas veces proclamada. (Cf. HARRIS, W.V., *cit.*, p. 42, recogiendo conclusiones de los estudios de SCRIBNER & COLE, *cit.* y de HALLPIKE, C.R., *The Foundation of Primitive Thought*, Oxford, 1979).

⁵⁹ Sobre la forma en que la ciencia griega fue capaz de asumir, racionalizándolas, las creencias populares, véase, LLOID, G.E.R., *Science, Folklore and Ideology*, Cambridge, 1983.

pregnarse de racionalización y sistematismo, de acuerdo con las nuevas posibilidades intelectuales que ofrecía el momento histórico.

Resultan evidentes, sin embargo, las limitaciones de aquellos planteamientos que sólo se preguntan por las consecuencias que en el ámbito intelectual tuvo el advenimiento de la escritura sobre las sociedades antiguas, porque constituye un ardiz falsario, sin justificación empírica posible, pretender extender a toda la sociedad unas consecuencias que, aún admitiendo que se produjeran hasta cierto punto, sólo lo hicieron sobre un limitadísimo grupo de gentes alfabetizadas y, sobre todo, porque la cuestión de la evolución intelectual de una sociedad, en tanto no se vincule suficientemente con las condiciones de existencia de la sociedad en su conjunto, no puede revestir sino un aspecto marginal y secundario dentro de la Historia. Apenas es preciso recordar, por otra parte, que los elementos de cultura («el capital cultural», según palabras de Bourdieu) no pueden ser definidos por sus cualidades obvias, sino a través de su vinculación compleja y dialéctica con la sociedad en la que se integran. Por eso resulta más clarificador preguntarse por quiénes, y en qué medida, se beneficiaron históricamente de sus prestaciones o, dicho de otro modo, por quiénes las gozaron y quiénes las padecieron. Y no puede ocultarse que la arribada de la escritura a la Historia, tal y como se dio en la Antigüedad, en que sólo una minoría la controló suficientemente, constituyó un maravilloso instrumento, un feliz hallazgo, un insuperable recurso... de poder y explotación de los pocos sobre los muchos, constituyendo, en palabras de H.J. Graff⁶⁰, un instrumento de «social and cultural control and hegemony». Fue, sobre todo, un mecanismo de explotación económica, un agente de disciplina moral, un recurso de represión política y social, en la misma medida que un baluarte para las pretensiones de hegemonía ideológica. Fue un elemento vital y un soporte fundamental para las distintas formas en que se concretó políticamente la injusticia social a lo largo de milenios de historia y a lo ancho de su geografía. Porque también fueron los griegos y romanos, y no sólo los grupos dominantes del Próximo Oriente (puede avanzarse ya) quienes bien pertrechados con sus naves de guerra, con sus falanges o legiones y... con la escritura, irrumpieron en otros mundos esclavizando hombres, mujeres y tierras y robando bienes materiales y espirituales. Desde más allá de los estrechos del Este, «como sapos en torno a una charca» (según la plástica expresión platónica) alrededor del Mediterráneo, bien organizados en forma de nuevas *póleis* o bien disciplinando el territorio sometido en provincias (para disfrute de los vencedores), los griegos, como después y sobre todo, los romanos, se hartaron de robar lo que pudieron en esa especie de «imperialismo de rapiña» peculiar que habría de definir la relación de las potencias hegemónicas con los pueblos sometidos.

⁶⁰ *Literacy and Social Development in the West: A Reader*, Cambridge, 1984, p. 4. (cit. por HARRIS, W.V., cit., p. 39).

Desde muy pronto, desde que su uso comenzó a extenderse entre lo más selecto de la clase propietaria, «los señores de la escritura», apoyándose en esa peculiar tecnología intelectual, no dejaron de promover sus intereses específicos a costa de otras gentes y comunidades, en el interior y en el exterior de sus propias *póleis*. Si algunos atenienses la utilizaron, ya con éxito, en su breve aventura imperial del siglo V a.C., así como en el juego político interno, el sistema habría de perfeccionarse en la experiencia burocrática del gobierno ptolemaico. En feliz armonía habría de acompañar a las legiones romanas fuera del Lacio, primero, más allá de la Península Itálica, después, en tanto que, por otro lado, ofrecía sus fieles servicios a sus pretensiones de hegemonía ideológica para el buen orden de la ciudad y el mejor gobierno del mundo. Nobles senadores, viejos aristócratas, y aún nuevos⁶¹, suficientemente alfabetizados en la mayoría de los casos, formaban los altos cuadros administrativos y militares, mientras que la alta cultura se ofrecía, gentil y servil, al encomio de sus proezas y virtudes⁶², cantando la paz romana y la guerra justa como concreción de la voluntad divina:

*Tu regere imperio populos, Romane memento
Hae tibi erunt artes, pacique imponere morem,
parcere subiectis et debellare superbos.*

(Virgilio, *Aen.* VI, 851-853)

Y es que la alfabetización, sobre todo en aquellas comunidades que combinan un alto grado de preparación intelectual, además de otras formas de tecnología, en sus elites con unas mayorías inermes y analfabetas, siempre ha estimulado la explotación. Ha sido así, a pesar de la historia angelical que quieran contarnos los portavoces interesados de los bienes de cultura, en general, y de la alfabetización en particular. Porque la alfabeti-

⁶¹ Nuevos estudios, afortunadamente, van ensanchando el viejo campo acotado por GELTZER, M., (*Die römischen Nobilität*, 1912) para definir a la clase propietaria romana, tanto en sus relaciones internas como con los demás grupos. Cf. BLEICKEN, J., «Die Nobilität der römischen Republik», *Gymnasium*, 88, 1981, pp. 236-253; DONDIN-PAYRE, M., «Homo novus, un slogan de Caton à César», *Historia*, 30, 1981, pp. 22-81; PANI, M., «Quale novitas», *Quaderni di Storia*, 8, 1982, pp. 193-203; SHACKLETON BAILEY, D.R.8, «Noviles and novi reconsidered», *Am. Jour. of Philol.*, 107, 1986, pp. 255-260; BURCKHARDT, L.A., «The political elite of the Roman Republic: comments of recent discussion of the concepts of Nobilitas and homo novus», *Historia*, 39, 1990, pp. 77-99.

⁶² En relación con la triple dimensión (ética, religiosa y jurídica) que adquiriría el mito retórico de las virtudes aristocráticas romanas, pueden consultarse, entre otros, BELLONI, G.G., «Note sulle virtù romane», *Aevum Antiquum*, 1, 1988, pp. 181-192; CLASSEN, C.J., «Virtutes romanorum: Römische Tradition und Griechischen Einfluß», *Gymnasium*, 95, 1988, pp. 289-302; VOJCIK, R., *La villa dei papiri da Ercolano*, Roma, 1986; LA PENNA, A., «La legittimazione dell'uso privato da Ennio a Vitruvio, momenti, problemi, personaggi», *Maia*, 61, 1989, pp. 3-34.

zación sólo puede hacer libre, crítico y fuerte a quien la domina y ello ocurre, presisamente, a costa de quienes no la poseen. Sus efectos llegarían a ser verdaderamente positivos si todos los miembros de la colectividad la poseyeran en modo parecido, lo que, de ningún modo, se produjo en la Antigüedad⁶³. En las circunstancias en que se dio, por el contrario, siendo ellas mismas, a su vez, consecuencia de un sistema social específico, no dejó de constituir uno de los más eficaces instrumentos de opresión de que se valió la clase propietaria para someter y mantener sometido al resto de la población.

Adquiere, en esta pauta reflexiva, especial relieve la feliz y tajante intuición de L. Strauss, al conectar la escritura con la esclavitud. Efectivamente, cuando en ese extrañó libro de viajes que constituye *Tristes Trópicos*⁶⁴, después de estudiar y describir a los *caduveo* y *bororo* y otras pequeñas comunidades amazónicas en proceso de extinción, narra el epi-

⁶³ Su posesión desigual y su introducción en el sistema educativo de las minorías habría de tener claros efectos conservadores, reforzando las distinciones de clase y sirviendo de freno a la movilidad social, según ha demostrado para otras épocas, L. STONE, (por ejemplo, en «Literacy and Education in England, 1640-1900», P.&P., 1969, pp. 69-139). En cuanto a los supuestos teóricos de esta tesis, sin pretender penetrar en la fértil problemática del papel de la Educación en la reproducción de las relaciones sociales, es fundamental la obra de APPLE, M.W., *Ideología y currículo*, Madrid, 1986 (Londres, 1979), cuyo enfoque, según sus palabras «tendría que iluminar los modos, diversos e importantes, por los que la educación se vincula con la reproducción de las relaciones sociales existentes»(p.5). Por ello, sigue, «es importante entender que, aunque nuestras instituciones educativas funcionan distribuyendo conocimiento y valores ideológicos, no es eso lo único que hacen. En cuanto que sistema de instituciones, en última instancia también ayudan a producir el tipo de conocimiento (el tipo de bien) necesario para mantener los acuerdos económicos, políticos y culturales actualmente existentes (p.6). Su constante preocupación por las formas de reproducción ideológica, en este ámbito, le han impulsado, además, a desarrollar sus tesis en otras aportaciones de consulta obligada: *Education and Power*, Londres, 1982; Como editor, *Cultural and Economic Reproduction in Education: Essays on Class, Ideology and the State*, Londres, 1982; con WEIS, L. (ed.), *Ideology and Practice in Schooling*, Filadelfia, 1983, entre otras. Debe precisarse, sin embargo, que, en nuestra opinión, las premisas teóricas y discursivas del pensamiento neomarxista de M.W. Apple, como las de B. Berstein, M.F.D. Young, R. Williams y otros, sumamente permeables a las corrientes que sobredimensionan la capacidad integradora de los elementos ideológicos, podrían llegar a ser distorsionantes, *al despistar los verdaderos mecanismos de la dominación y control social*, si sus tesis, basadas en el análisis de las sociedades capitalistas occidentales de nuestros días, (tesis, a nuestro juicio, fundamentalmente válidas) pretendieran transferirse, incurriendo en imperdonable error teórico e histórico, al mundo antiguo, por el abismo estructural y superestructural que los separa. No perder de vista el mundo actual, ante los elementos de acción ideológica emanados de la Antigüedad, no puede servir de excusa, jamás, para confundir realidades sociales e ideológicas diferentes con sistemas de dominación que combinan, también diversamente, sus respectivos mecanismos de control y reproducción social. ¿Cómo es posible comparar sin rubor, por ejemplo, la casi universal sordera, ante los elementos de acción ideológica emanados de la clase propietaria, de los amplios espacios de la Geografía Antigua, con la densa y omnipotente red audiovisual y las sutiles formas de control ideológico que hoy, sin apenas barreras, impregnan, manipulan y encadenan un planeta sometido?

⁶⁴ Buenos Aires, 1970 (París, 1955).

sodio del jefe *nambiquara*, que finge ante su banda dominar la escritura para aumentar su prestigio, observa las consecuencias que ha tenido, durante milenios, la irrupción de la escritura, como institución, en sociedades, cuyos miembros, en su mayoría, no la poseen, concluyendo, a través del ejemplo de los *chittagong* de Pakistán, que la posesión privada de la escritura sirve para ejercer el dominio sobre los demás. Rechaza, sin paliativos, el papel, que largamente se ha atribuido como agente transformador del intelecto, así como su capacidad para, mediante la toma de conciencia del pasado y la organización del presente y del futuro, constituirse en conductora y promotora del progreso. Porque, dice, «el único fenómeno que ella (la escritura) ha acompañado fielmente es la formación de las ciudades y los imperios, es decir, la integración de un número considerable de ciudadanos en un sistema político y su jerarquización en castas y clases... parece favorecer la explotación de los hombres antes que su iluminación. Esta explotación que permitía reunir millares de trabajadores para constreñirles a tareas extenuantes explica el nacimiento de la arquitectura mejor que la relación directa que antes encaramos. Si mi hipótesis es exacta, *hay que admitir que la función primaria de la comunicación escrita es la de facilitar la esclavitud* (La cursiva es mía). El empleo de la escritura con fines desinteresados para obtener de ella satisfacciones intelectuales y estéticas es un resultado secundario»⁶⁵.

Las palabras de Strauss han sido ampliamente recogidas por los estudiosos, aunque, casi siempre, para mostrar, con firmeza, su oposición a ellas, incluso para hacerlas objeto de un mal disimulado sarcasmo⁶⁶, a pesar de que resulte evidente que la escritura, como todo sistema de tecnología punta, minoritariamente controlado, funcione como refuerzo del poder de quien lo detente y de que su eficacia sea más trascendente en lo social que en lo intelectual.

En el fondo de las concepciones opuestas, parece encontrarse una argumentación, que, sin embargo, a pesar de su evidente torpeza, viene usándose ininterrumpidamente desde la Antigüedad, dada su pretendida utilidad retórica: que todo bien ocurrido a determinados miembros de la sociedad se traduce, necesariamente, en beneficios para toda la comunidad. Se trataría de una insistente llamada a la concordia y al consenso, desde la invocación de la sociedad como un organismo, en el que las mejoras logradas por cualquiera de sus miembros habría de traducirse en la salud

⁶⁵ p. 296. Más adelante, en correspondencia con los puntos de vista, peculiarmente primitivistas, de este ferviente enamorado de los pueblos, no deja de manifestar, una vez más, sus actitudes al concluir la narración con estas palabras: «(los *nambiquara*) que no se solidarizaron con su jefe después que éste intentó jugar la carta de la civilización (luego de mi visita fue abandonado por la mayor parte de los suyos) comprendían confusamente que la escritura y la perfidia penetraban entre ellos de común acuerdo» (*Ibid.*, p. 297).

⁶⁶ Cf. BAZIN, J. & BENJA, A., en su «Avant propos» a *la raison graphique.*, cit., de la ed. francesa, de GOODY, J., cit.

general de todo el cuerpo. Recurso retórico recurrente, pero falso, porque la Historia demuestra, empíricamente, lo contrario: que las ventajas de unos pocos se consiguieron a partir de las desgracias de los demás.

La escritura constituyó, y son hechos constatables y no teorías, un soporte técnico imprescindible, tanto para el dominio de clase en el interior de las sociedades antiguas y para su extensión al exterior, a través del imperialismo, como para su justificación teórica y legitimación ideológica. Fue así, no sólo para las llamadas «organizaciones burocráticas», según ya lo reconociera M. Weber ⁶⁷, sino también para los sistemas construidos en los espacios históricos griego y romano.

Existe, no obstante, más o menos disimulada y como si de dar respuesta a una mala conciencia histórica se tratase, una tendencia unánime, o casi unánime, literaria y metodológicamente bien pertrechada, a negarse a aceptar del todo los hechos, porque, de nuevo, son los propios «señores de la escritura» de hoy quienes juzgan sobre su oficio. Por varios caminos se suele arribar a ese intento de exoneración de la, quizás inconsciente, sensación de culpabilidad histórico-social, como si de purificarse a sí mismos, en desesperados intentos, se tratara.

En primer lugar, mediante la tenaz insistencia en la multiplicidad de beneficios prestados por los bienes de cultura, en general, y por la escritura, en particular, mientras, por todos los medios, se pretende oscurecer o, si se puede, silenciar, ante la maravilla de los logros de los clásicos, su impacto negativo en toda su violencia y complejidad. (Aspecto que ya ha sido recogido suficientemente en este trabajo).

En segundo término, mediante la terca perseverancia en continuar marcando diferencias entre los usos de la escritura en el Antiguo Próximo Oriente y los del mundo griego y romano. Es el enarbolamiento como bandera del «peores son ellos», eterno argumento, procaz y soez, de un eurocentrismo miope, o interesadamente ciego, pero que se cree retóricamente eficaz al despistar la culpa y responsabilidad propias con la multiplicación de las maldades ajenas.

En tercer lugar, a través de la invocación de la escritura como soporte de la codificación escrita y, por tanto, como sostén de las formas de vida civilizadas en las sociedades antiguas.

De este modo, J.P. Vernant ⁶⁸, procedía a acentuar los diferentes sentidos de las manifestaciones de la escritura griega arcaica con respecto a «esa especie de Oriente en Occidente» que pudo suponer un mundo micénico, en el cual le cupo un papel transcendental a la escribanía cretense: «La organización del palacio, con su personal administrativo, sus técnicas de contabilidad y de control, su reglamentación estricta de la vida económica y social presenta un carácter de imitación. Todo el sistema reposa sobre el

⁶⁷ *Economie et société*, I, París, 1971, p. 225.

⁶⁸ *Los orígenes del pensamiento griego*, Buenos Aires, 1973 (París, 1962) pp. 26-27.

empleo de la escritura y la constitución de archivos. Son los escribas cretenses, pasados al servicio de las dinastías micénicas... A los reyes micénicos, aquellos centros especializados de escribas cretenses les suministraron, al mismo tiempo que las técnicas, los esquemas para la administración de sus palacios», pero, en cambio, una vez desaparecidos los centros micénicos, «la escritura misma desaparece, como arrastrada por el derrumbe de los palacios. Cuando los griegos vuelven a descubrirla, a fines del siglo IX, tomándola esta vez de los fenicios, no será sólo una escritura de otro tipo, fonética, sino producto de una civilización radicalmente distinta: no la especialidad de una clase de escribas, sino el elemento de una cultura común. Su significación social y psicológica se habría transformado —podríamos decir invertido—: la escritura no tendrá ya por objeto la creación de archivos para uso del rey en el secreto de un palacio, sino que responderá en adelante a una función de publicidad; va a permitir divulgar, colocar por igual ante los ojos de todos los diversos aspectos de la vida social y política»⁶⁹. A partir de Vernant, la insistencia en las diferencias que separan los usos de la escritura desarrollada en sociedades de tipo palacial de aquella otra desarrollada en las sociedades «típicamente» occidentales, ha sido un fenómeno constante, reelaborándose, día a día, tanto en sus contenidos como en sus desarrollos argumentales. De este modo, D. Musti, en época más cercana, no podía obviar la existencia de archivos en Occidente⁷⁰, pero acentuaba las diferentes dimensiones del uso de la escritura en las distintas sociedades: *Tutte le società hanno bisogno di contare e di controllare i conti: solo che la registrazione scritta e il controllo scritto non sono ovunque egualmente diffusi, e certamente lo sono meno che altrove nelle società aristocratiche. Viceversa, nelle società di tipo palaciale il registrare e il controllare il registrato appaiono straordinariamente diffusi: anzi, quanto a diffusione dell'uso della scrittura nei due tipi di società consente di verificare, nelle grandi linee, e in termini generali, differenze essenziali. L'uso delle registrazioni è destinato a scopi archivistici, di norma, e ad un controllo interno, non generalizzato: quando non serve invece a scopi autocelebrativi. Allora il soggetto che si sottopone apparentemente a rendiconto fa certamente appello a un pubblico*⁷¹.

Naturalmente, que a cada sociedad corresponde un desarrollo tecno-

⁶⁹ *Ibid.*, p. 28.

⁷⁰ Cf., POSTNER, E., *Archives in Ancient World*, Cambridge, 1972; PAOLI, V., «Sull'esistenza di archivi giudiziari in Atene», *Studi in honore di E. Betti*, III, Milán, 1962; LONGO, O., *Technique della comunicazione nella Grecia antica*, Nápoles, 1981, quien sobre un fragmento de Esquilo (*Suplicantes*, 944 ss.), llega a ver, en los papiros esquileos, los instrumentos de una escritura oculta propia de una cultura de palacio (p. 12). Desde luego, algunos de los miembros de las elites intelectuales del mundo antiguo ya sentían como insostenible la existencia de archivos públicos (Cf. Virgilio, *Geórg.* II, 458 ss.). Véase GEORGOU, S., «Manners d'archivage et archives de cités», en *Les savoirs de l'écriture... cit.*, pp. 221-247).

⁷¹ «Democrazia e scrittura», S&C., 1986, pp. 43-4.

lógico apropiado, y, en consecuencia, unos usos y funciones diferenciados de la escritura, pero, por lo que se refiere al abismo creado entre su dimensión en Oriente y Occidente, esa grieta es más ficticia que real, porque sus diferencias fueron, sobre todo, formales o, si se quiere, políticas, que no afectaron en lo fundamental, a su adecuación como soporte del dominio y de la explotación de los pocos sobre los muchos.

Por el contrario, recientemente, en ese magnífico compendio de precisión metodológica *Les savoirs de l'écriture en Grèce Ancienne*⁷², su director, M. Detienne, hacía seguir a su enunciado sobre la necesidad de toda reflexión sobre la escritura, su inmediata y normal —¡como no!— distinción entre Oriente y Occidente: «*Aucune réflexion sur l'écriture ne peut faire l'économie de sa relation au pouvoir politique, ni de sa fonction dans les structures de l'Etat. La manière grecque d'en user se goûte assurément mieux en compagnie d'autres, celles, en particulier, familières aux civilisations du Proche-Orient, là où la souveraineté n'a jamais cessé d'être lettrée ni de faire grand cas de l'écriture dans la conduite des affaires*»⁷³, aspectos que ejemplifica a partir del caso hitita⁷⁴: *L'écriture, outil de pouvoir, manipulée par ses techniciens-lettrés; comme une arme mise au service d'une souveraineté gardant jausement pour elle soule l'efficace de signes graphiques déjà bien protégés par leur illisibilité intrinsèque. L'écriture et ses gens: les scribes aussitôt cloîtrés dans le palais royal. En même temps, sur l'atelier des scribes et sur leurs maîtres temporels règne l'autorité absolue des dieux-scripteurs, les puissances divines qui ont imaginé les signes graphiques, dessine le monde et écrit ses commencements immuables. De façon exemplaire, le hittite cunéiforme est un type d'écriture qui renforce le caractère monarchique de l'état; l'exercice solitaire et secret du pouvoir.* La diferencia queda clara en su colaboración particular, de sugestivo título, «*L'espace de la publicité: ses opérateurs intellectuels dans la cité*»⁷⁵ otorgando, de principio a fin, una dimensión radicalmente distinta al uso público de la escritura en el mundo griego: *Le domaine de la politique, la cité et son espace de gouvernement des hommes par les hommes se constituent à travers l'ensemble de ces pratiques scripturales. Ce sont les mêmes acteurs qui publient les lois, rédigent les décrets, dessinent les lettres et lisent les stèles. Les lecteurs ne sont pas différents des scripteurs*⁷⁶. No es extraño, sino del todo coherente con su visión, que concluya su aportación con un canto entusiasta sobre la multiplicidad de favores rendidos, mientras silencia sus culpas, por la escritura: *Astronomie sphérique, géométrie démonstrative, géographie sur cartes, autant d'activités qui se déploient en milieu isonmique. Et avec d'autres —comme*

⁷² Lille, 1988.

⁷³ *Ibid.*, p. 13.

⁷⁴ *Ibid.*, pp. 13-14.

⁷⁵ *Ibid.*, pp. 29-81.

⁷⁶ *Ibid.*, p. 48.

*la philosophie et la médecine— elles invitent à mesurer l'impact de l'écrit et sur l'organisation de nouveaux savoir et sur les objets intellectuels qui s'y façonnent depuis Anaximandre jusqu'à Hippocrate*⁷⁷.

Por lo que se refiere al tercer recurso, ya aludido —para exonerar de culpa y, luego, para cubrir con su manto de bondad y pureza a la escritura— se suele venir acudiendo a dos vías fundamentales: o bien, a través de los siempre mitificados orígenes de las primeras codificaciones, o bien, mediante la propia beatificación de la Ley como soporte y garantía de justicia.

Así, la tesis mayoritariamente sostenida, en torno al significado de las primeras codificaciones, acostumbra a ceñirse al seguimiento fiel de las pautas marcadas por la propia tradición escrita de las clases propietarias, que, salvo contadísimas experiencias de breve duración, fue la única autora y responsable de la actividad legislativa, promoviendo, *con el objeto de sancionar la obligatoriedad política e inmutabilidad de su ley*, tanto su sacralización como la heroización de sus primeros y presuntos impulsores⁷⁸. Hoy, embebidos y embobados por esa tradición mítica, en absoluto asépticamente creada y divulgada por los antiguos defensores de la ley y el or-

⁷⁷ *Ibid.*, p. 81. Insistiendo en este punto de vista, léase, —de nada valen, en este caso, mis discrepancias— tan lentamente como corresponde al sosegado deleite del espíritu, su hermoso himno a la escritura de *l'écriture d'Orphée*, París, 1989.

⁷⁸ A su heroificación y mitificación hubieron de contribuir un considerable número de motivos, estratégicamente dispuestos, cuya identificación y significado hoy, no deben ofrecer dudas. Todos los legisladores arcaicos aparecen dotados por la tradición escrita de rasgos heroicos. Algunos se caracterizan por la ceguera, total o parcial, como demostración de su capacidad de abstracción del mundo material y, por ello, dotados de la consiguiente posibilidad de más diáfano diálogo con la divinidad inspiradora, como Licurgo, Zaleuco y Oxiolos. Suelen realizar largos viajes, que, liberándoles de la presión inmediata de los acontecimientos, habrían de procurales una visión más profunda y una perspectiva más precisa de los males de su entorno, así como, en otros casos, una mayor serenidad de juicio ante las desgracias, como les ocurriera a Licurgo y a Solón. A veces experimentan los rigores, pero afortunados, de aprendizajes severos, bajo la tutela de míticos maestros, como Zaleuco y Licurgo de la mano de Thaletas. Acostumbraban a insertarse, por su origen, en los estratos sociales medios, ofreciéndoles, por tanto, esa equidistancia, inmejorables condiciones de ecuanimidad en los irreconciliables enfrentamientos entre ricos y pobres, como Solón, Licurgo o Carondas. Todos ellos, así curtidos y preparados, reunían condiciones excepcionales para comprender los males de su sociedad y arbitrar soluciones, de acuerdo con la visión de futuro que demostraban sus capacidades proféticas. Su final, en fin, a veces precedido de persecuciones injustas y exilios (como correspondiera, otrora, a dioses salvadores, fundadores de ciudades e imperios, maestros de la sabiduría, etc.) habría de adquirir notas de ejemplar grandiosidad. En realidad, ningún esfuerzo mitificador, así de claro, puede ser gratuito: lo que se pretendía, a través de la heroificación y mitificación de los primeros legisladores griegos, era la interesada sanción-divinización de las leyes, porque, «el héroe secreto de estas leyendas es la ley codificada misma, una vez que el código se basta a sí mismo, el legislador deviene supérfluo» (SZEGEDY-MASZAK, A., «Legends of the Greek Lawgivers», *C.R.B.S.*, 19, 1978, p. 208, citado por CAMASSA, G., en «Aux origines de la codification écrite des lois en Grèce», en *Savoirs de l'écriture... cit.*, p. 155, a quien remitimos para una puesta al día de los problemas concernientes a las primeras codificaciones griegas.

den, no se duda en considerar aquellas primeras legislaciones como el resultado del éxito de las tentativas de los grupos desposeídos, que habrían, por fin, conseguido arrancar de manos de los aristócratas el monopolio del poder, estableciendo, así, los cimientos de unas relaciones sociales más justas. Siguen disfrutando del consenso general las opiniones de R.S. Bonner y G. Smith ⁷⁹, según las cuales, «las gentes del común, insatisfechas con la incertidumbre de la interpretación y administración de la ley, exigieron reemplazar por una serie de normas obligatorias para todos los jueces, el viejo cuerpo de vagas leyes consuetudinarias, que podían ser modificadas e interpretadas a su gusto de modo que pudieran satisfacer los intereses de la clase dominante».

Pero, contemplado el fenómeno desde una óptica menos confiada en la tradición mítica y más pendiente del lógico devenir histórico, lo único que parece desprenderse de estas primeras codificaciones, griegas o romanas, es el intento desesperado por salvaguardar el predominio aristocrático, entonces seriamente contestado. Según apunta W. Eder ⁸⁰, aquellas codificaciones se caracterizaron por garantizar la hegemonía aristocrática, mediante la estabilización económica y política, deteniendo, en primer lugar, un desarrollo político incierto, ampliamente protestado por el descontento general, y limitando, en segundo término, el crecimiento del malestar entre los menos favorecidos al definir un cuerpo legal que daba apariencia de poner freno al uso arbitrario de la ley por parte de una clase propietaria que se autoobligaba al cumplimiento fiel de una normativa uniforme. Se ofrecieron bases legales capaces de garantizar el *status* económico de los sectores propietarios al impedir, mientras se excluía de la legislación a otras gentes, la concreción fáctica de las auténticas exigencias de los grupos ciudadanos desfavorecidos: reparto de tierras y abolición de deudas. Así observadas, aquellas primeras codificaciones, al margen del contenido de mitos y leyendas, interesadamente creados y propagados, no constituyeron sino un poderoso factor de estabilización de una situación social y política de la que se lucraba, y habría de seguir lucrándose con más tranquilidad a partir de entonces, la clase propietaria, dejando, naturalmente, sin atender el problema más acuciante de la mayoría de las gentes: el de su angustioso y progresivo empobrecimiento (por no hablar de los grupos no ciudadanos). Aquellas primeras codificaciones sólo fueron, por tanto, un episodio, y no muy feliz para las mayorías, de la lucha de clases, augurado y patrocinado por la clase propietaria, que, cediendo la ilusión de pequeñas ganancias a los menos mal situados de los sectores oprimidos, resultó fortalecida, por cuanto, mientras se lograba

⁷⁹ *The Administration of Justice from Homer to Aristotle*, I, Chicago, 1930, p. 67.

⁸⁰ «The Political Significance of the Codification of Law in Archaic societies: An Unconventional Hypothesis», en *Social Struggles in Archaic Rome. New Perspectives on the Conflict of the orders*, de RAAFLAUB, K.A. (ed.), Berkeley, 1986, pp. 262-300.

dividir y disminuir la presión popular, se dotaba de una homogeneidad que habría de garantizar su predominio ⁸¹.

Podría objetarse que el registro por escrito de la ley, al crear certeza e igualdad, habría supuesto la pérdida de su control absoluto, que venía expresándose a través del ejercicio arbitrario de su jurisdicción. Pero ni la ley fija es justa ni la conducta arbitraria (¡miremos la Historia!) resulta excluida por una ley escrita, que, eso sí, al limitar la arbitrariedad de los poderosos, da homogeneidad al propio grupo de jueces, en tanto que atenúa el descontento de los demás. De este modo, algunos miembros de la aristocracia pudieron sentirse individualmente perjudicados, pero la clase propietaria, como tal, resultó fortalecida, porque la ley, ya escrita, al dotarse de un cierto grado de certeza y predictibilidad, adquiría un claro valor positivo ante quienes la padecían, que, ahora, se sentirían más estimulados al acatamiento de unas normas que sólo garantizaban la quietud de un sistema injusto.

Consecuentemente, y quizás con ese propósito fuese propiciado, el impacto de la escritura en la ley supuso la estabilización política y económica, al margen de anécdotas o sucesos individuales, de unas sociedades basadas en la desigualdad, en que el privilegio de unos pocos se asentaba en el sufrimiento de los demás. Por partidista y unilateral, debe rechazarse la tesis sostenida con tanto tesón como aviesas intenciones, de que la fijación por escrito de la ley respondiese a «una necesidad de unificación y certidumbre, que benefició, ante todo, a las clases populares» ⁸², porque la introducción de esa peculiar tecnología en el ámbito del Derecho, si bien supuso la multiplicación de la eficacia instrumental de éste, como agente regulador de las relaciones sociales, ello no implicaba progreso alguno de la justicia social, sino el afinamiento de un recurso ordenado en función de los intereses particulares de sus promotores.

En el fondo de las ofertas explicativas rechazadas parece latir el pernicioso influjo de toda una red de mitos, de una bien tejida maraña ideológica, que vician la mirada hacia el pasado en la misma medida que deforman la comprensión del presente. Son los mitos de los bienes de cultura, del humanitarismo profundo de la Filosofía, de la creadora asepsia de la Ciencia, del orden impulsor de la paz y el bienestar social, del progreso de la Humanidad, de la suprema neutralidad-ceguera de la ley como soporte de las garantías de justicia e igualdad del Derecho. ¡Como si todos hubie-

⁸¹ En situación intermedia, entre fidelidad a las fuentes, que habría de inducir a la creencia en las mejoras de las «clases populares» y nuestra oferta de «cambio a mejor sólo para los grupos propietarios poderosos» y, en consecuencia, para empeoramiento de las expectativas de los pobres, en general, aunque simpatizando y escorándose hacia esta última visión, D. PLACIDO resume ponderadamente, en estos términos, el significado de la actividad de Solón: Como la situación era conflictiva...se entregó a Solón la posibilidad de la reforma, de cambiar para que nada cambiara» («Grecia», en J. ALVAR, D. PLÁCIDO, F. BAJO Y J. MANGAS, *Manual de Historia Universal. Historia Antigua*, Madrid, 1992, p. 308).

⁸² LEVI-BREUHL, en COHEN, H. (y otros), *La escritura y la psicología de los pueblos*, Méjico, 1968, p. 131 (1963).

sen disfrutado, por igual, de aquellos elementos que perfeccionan al ser humano en tanto que ser humano! ¡como si las posibilidades satisfechas de desarrollo del intelecto de unos pocos no se hubiesen traducido en el abuso sobre los demás! ¡como si el bienestar de unos no hubiese implicado la esclavización y servidumbre de otros! ¡como si la Ciencia y la Filosofía hubiesen sido social e ideológicamente neutras! ¡como si la Ley fuese sinónimo de justicia y no la concreción sacralizada de la voluntad de los más fuertes! ¡como si el orden equivaliese a la paz social resultante del bien común y no la sumisión forzada de los oprimidos!

No es extraño, en estas circunstancias, que se pretenda mostrar a la escritura, que no creó, pero que sí contribuyó al fortalecimiento del Derecho, como un elemento fundamental del progreso social. Y sin embargo, si nos fuera dado sentar en el banquillo de los acusados, para someter a juicio a los instrumentos de agresión (en sí mismos ni buenos ni malos, sino en función del uso que se hizo de ellos), la escritura, tan virginalmente representada, no aparecería más libre de culpa que el *gladium* del legionario, con la diferencia de que mientras éste muestra, en el brillo de su *facies*, la maldad de su sino, aquélla, copartícipe en tantas extorsiones, latrocinios y asesinatos legales, habría de resultar absuelta —siendo ella misma juez y parte— añadiendo doblez a su delito.

¿Cómo no imaginar, aunque en algunos casos no ocurriera así —por asunción entusiasta de la ciudad y sus leyes—, tantos pasos rápidos de amedrentados transeúntes analfabetos, nunca seguros del todo de cumplir con lo preceptuado a sus espaldas, ante la quietud solemne y admonitoria de unas letras regulares, marcadas a regla y compás, grabadas, pintadas y situadas, allí, en el mismo centro de la ciudad, para que nadie pudiese alegar ignorancia en el conocimiento de sus obligaciones? ¡Que nadie argumente que sólo los infractores habrían de experimentar tal sensación de temor, porque el precio de la no infracción era la sumisión al arbitrio de los poderosos! ¡Que nadie objete que difícilmente podrían sentirse sobrecogidos por una ley en cuya elaboración habrían participado! porque diga lo que diga Cicerón, o el resto de voceros de la clase propietaria, digan lo que digan las fuentes, no era cierto.

De este modo, si ante los primeros ataques dirigidos contra su auto-reivindicada condición de soporte del progreso material e intelectual, la escritura se refugiaba bajo el poco sólido manto de los *bienes de cultura*, que ella misma había contribuido a tejer, nuevas oleadas de desconfianza habrían de impulsarla a buscar cobijo en ese otro mito, aún más simple, de la *ley y el orden*, al que ella, solícita, se había prestado a socorrer. Poco acertado, sin embargo. Porque, en primer lugar, a la escritura (a cada uno lo suyo y le sobran culpas propias para, además, cargarle las ajenas) no le cupo responsabilidad alguna en la creación del Derecho, sino, en todo caso, en su impulsión. Porque todo grupo humano, al desarrollarse y hacerse más y más complejo, va generando, ineludiblemente, sus propias normas y reglas,

que, al margen de que resulten, o no, registradas por escrito, constituyen ya Derecho (*Ubi societas, ibi ius*). El influjo de la escritura sobre el Derecho, al precisararlo, definirlo, potenciarlo, extenderlo y divulgarlo, fue tan decisivo, sin embargo, que éste, como la ley y el orden, bien podrían ser considerados, en cierto modo, como sus hijastros. Escasa cobertura, empero, podría ofrecer el Derecho, cuando su pureza, empíricamente hablando, resulta tan dudosa, al menos, como la de su madrastra. Porque, ante el Derecho, no debe olvidarse, se está ante el desgraciado fenómeno que, al margen de sus pretensiones autolegitimizadoras, nació de la fuerza, estableció como justo el uso de la fuerza y el expolio sistemático, por la fuerza, de los menos sobre los más. Eso fue el Derecho, sostén de la ley y el orden en la sociedad occidental, producto directo de unas relaciones esclavistas, de las que fue no sólo su expresión sino también parte activa y comprometidamente cómplice en la reproducción de la desigual relación de fuerzas sociales operantes en los espacios históricos griego y romano. Creado y perfeccionado por unos pocos, para beneficio de esos pocos, se impuso por la fuerza a unas mayorías que no lo querían y lo rechazaban, pero que, por miedo a la represión, ya económica, ya policial e, incluso, sobrenatural, se vieron constreñidos a acatarlo. Fue así, por más que las fuentes a nuestra disposición, provenientes de los mismos pocos que crearon, perfeccionaron y aplicaron el Derecho para su propio beneficio, pretendieran lavar constantemente una imagen teñida con la miseria y la sangre de quienes lo padecieron, aludiendo a unos valores divinos y humanos, que decían ser de todos, pero que sólo a sus intereses convenían. Eran éstos unos valores tan tenazmente defendidos por los cultos voceros de la clase propietaria, como constantemente repudiados por las masas, a juzgar por los escasos restos que de sí mismos pudieron dejar a su paso. ¿Quién es quién para usurpar, ahora, su voluntad, como les fueron arrebatados sus bienes y vidas, y adjudicarles una sumisión complacida ante la esclavitud, la servidumbre, la miseria y el expolio económico a que el Derecho les conminaba? Sumisión sí, pero sumisión forzada por el miedo a la espada... y al Derecho. Esa fue la tan cacareada grandeza de aquellos sistemas normativos dotados de formas coactivas institucionalizadas: el triste silencio y la funesta paz de los cementerios. ¡Derecho torcido, sobrealimentado de esclavos y siervos, sobriamente cubierto con austeras ropas de falsas igualdades capaces de enmascarar, con sus pretendidos valores eternos, parte de su violencia, pero insuficientes para disipar el hedor de su turbia historia! ¡Baluarte de la reacción y del inmovilismo social, obstáculo al cambio, freno para la transformación de la sociedad, eterno custodio del orden de los pocos e instrumento de opresión para desgracia de los muchos! Tal fue el derecho de los esclavistas, aplicado, celosamente, para que no hubiera lugar a confusiones, por los propios esclavistas⁸³.

⁸³ No representa obstáculo para esta concepción del derecho antiguo el hecho de que, en

V

De los cientos de miles de lenguas habladas en la Historia de la humanidad, sólo una insignificante fracción, unas 100⁸⁴, han llegado a dominar la escritura lo suficiente como para crear una literatura escrita⁸⁵. De las 3.000 ó 4.000 lenguas habladas hoy⁸⁶, menos de 80 logran expresarse a través de una literatura escrita. De las decenas y decenas de lenguas habladas por las gentes y pueblos, por los hombres y mujeres que vivieron en el espacio histórico griego o en el amplísimo territorio pisoteado por las legiones romanas, solo unas pocas fueron capaces de manifestarse a través de la escritura. De entre quienes fueron capaces de ello, sólo una parte conoció el griego o el latín. De entre quienes conocieron, o, con el tiempo, llegaron a familiarizarse con el griego o el latín, sólo una diminuta minoría, ubicada en la cúspide del poder político y económico, o aspirante a congraciarse con él, pudo adquirir un nivel de alfabetización suficientemente alto y una preparación intelectual adecuada como para convertirse en autora de los refinados modos de pensamiento clásicos, logrando vencer el tiempo y hacernos llegar algunas de sus obras. Pero el alcance de esas obras, marcadas tanto por su origen como por los intereses que representaban, no puede dejar de resultar limitado para el estudio de las condiciones de existencia de todos los hombres y mujeres de la Antigüedad, a través de sus producciones ideológicas. No se puede regalar, gratuitamente, a la palabra escrita de una ínfima, aunque poderosa y culta, minoría, con una visión del mundo diferente y con unos intereses específicos, una representatividad sobre los demás que nunca detentó, ni aún siquiera, puede otorgarse a esas voces escritas un monopolio en la expresión de las actitudes de la minoría, porque, incluso, sus propias vidas siempre dependieron, en gran medida,

puntuales aunque significativas ocasiones, pudiera servir como agente de transformaciones sociales y políticas (como, por ejemplo, en la Atenas de Pericles o como en los reiterados intentos, siempre frustrados y siempre reiniciados, de la Tardía República) porque, de un lado, sólo tienen valor de excepción y, por otra parte, no dejaron de resultar fatalmente concomitantes con ordenamientos que propiciaban y legitimaban otras formas de explotación todavía más acentuadas (esclavitud e imperio). Desgraciadamente, ante la auténtica inflación de obras dedicadas al Derecho Romano, no existen obras de compendio sobre el Derecho Griego, salvo algún intento entusiasta, pero incompleto, como el de BISCARDI, A., *Diritto greco antico*, Milán, 1982. Cf., sobre esta desproporción y problemática general del derecho Griego, MAFFI, A., «Leggi scritte e pensiero iuridico» en *Lo spazio letterario nella Grecia Antica... cit.*, pp. 419-432.

⁸⁴ Véase, sobre estos temas, EDMONSON, M.S.L., *Lore: An Introduction to the Science and Folklore and Literature*, Nueva York, 1971.

⁸⁵ Cf. ONG, S.J., «Writting is a Technology...» *cit.*, p. 26.

⁸⁶ 4000 es la cifra que proporciona Edmonson, 3000 otorga A. POCA (*cit.*, p. 7), pero el grado de variación en las opiniones de los diversos autores no altera, en absoluto, el valor del discurso.

de las formas de comunicación oral⁸⁷. Dejando hablar a las fuentes⁸⁸, en suma, sin tomar la debida distancia crítica, sólo puede perfilarse, y no de una forma suficientemente válida, la imagen de los valores y sensibilidades concretos de quienes las crearon, pero nada dicen, ni podrían decir, de los demás grupos, que no concedieron nunca, que se sepa, a sus dominadores, explotadores o dueños forma alguna de representatividad ideológica⁸⁹. Po-

⁸⁷ Las formas de comunicación oral estuvieron siempre presentes, no sólo, como es natural, entre las gentes analfabetas para las que habría de constituir el único medio de expresión hablada, sino también para las minorías cultas, como podría demostrar la existencia probada de sus formas de persuasión política, la martirizante potenciación de sus memorias por los hábitos educativos de griegos y romanos, sus peculiares modos de atender a su correspondencia, su habitual asistencia a recitaciones y lecturas o su costumbre de escuchar las noticias políticas de viva voz (cf. HARRIS, *Literacy...*, pp. 29 ss., así como el estudio de las relaciones entre formas de comunicación oral y escrita de E. MALASPINA, *Ars Temperans. Itinerari verso la comunicazione polivalente nel mondo latino*, Génova, 1988). Sin embargo, en lamentable paradoja, mientras sobre todo, los filólogos, antropólogos y folkloristas parecen ir admitiendo, cada día en mayor medida, la dependencia de las literaturas clásicas de un patrimonio tradicional previo e imbuido de la oralidad, al mismo tiempo estos hechos no se tienen en cuenta por los historiadores, según pone de manifiesto L. BOTTIN (*Ermeneutica e oralità. Studi di lingua poetica griega*, Roma, 1983), quien propone, además, criterios lingüísticos y estilísticos para individualizar los restos de la oralidad. Coincidiendo con la fecha de publicación del anterior estudio, el medievalista P. ZUMTHOR (*Introducción a la poesía oral*, Madrid, 1991, or. París, 1983), proponía vías de identificación de los restos orales en los textos escritos que los han conservado, en tanto que acometía la tarea de construir los difíciles fundamentos metodológicos de la oralidad, ofreciendo un intento de clasificación tipológica de la misma (*Ibid.*, pp. 33 ss. e igualmente, en su *Letra y voz de la literatura medieval*, Madrid, 1989 (París, 1987)). Para ello, una vez establecidas las cinco fases de la existencia del poema (producción, transmisión, recepción, conservación y repetición) ubica en el momento crucial de la *performance* o acción compleja, «oral-auricular» según Ong, por la que el mensaje es simultáneamente transmitido y percibido, la capacidad de caracterizar como oral a toda comunicación-transmisión, en tanto que considera *tradición oral* a la experiencia concerniente a la producción, conservación y repetición oral. Igualmente interesante resulta la tipificación de la oralidad en *primaria o pura* (sin contacto con la escritura), *mixta* (denominada «auralidad» por Ong, cuando la oralidad coexiste con la escritura, pero lo escrito permanece externo a ella y, por tanto, parcial y retardado), *segunda* (cuando se recompone a partir de la escritura en un medio en que ésta predomina) y, por fin, *mediatizada* (diferida en el tiempo y en el espacio). Sobre la reciprocidad de influencias, véase FINNEGAN, R., *Oral Poetry. Its Nature, Significance and Social Context*, Cambridge, 1977.

⁸⁸ Sobre los excesos a que ha conducido el terco llamamiento a «dejar hablar a las fuentes» (más bien recurso retórico orientado a fines espúreos, que limitación metodológica) así como sobre la vinculación ideológica de sus promotores, véase L. CANFORA, *Ideología de los estudios clásicos*, Madrid, 1991, especialmente su capítulo «Del análisis del Estado al análisis de las clases dirigentes. Prosopografía y teoría de las elites», pp. 187-204.

⁸⁹ Por el contrario, no dejaron de padecer el fenómeno que ha sido denominado, con dudoso acierto, «violencia simbólica», concepto que habría de expresar los constantes intentos de «imposición de la cultura (normas, valores, hábitos de la clase dominante a los miembros de los grupos dominados y especialmente al proceso por el que esos grupos dominados se ven obligados a reconocer a la cultura dirigente como legítima y a su propia cultura como ilegítima» (BURKE, P., *Sociología e Historia*, Madrid, 1987, p. 69). Sobre la tendencia sociológica que se refiere al concepto de «violencia simbólica» (junto con los de «reproducción

drá, por eso, seguir estableciéndose, cuantas veces se quiera, un feliz diálogo, plagado de cómplices sonrisas, entre «los señores de la escritura» de la Antigüedad y las pretendidas elites intelectuales de hoy, reivindicando, al unísono, la valía y representatividad generalizada de sus actitudes. Pero, unos y otros, sólo pueden representar lo que representan: a sí mismos y nada más.

Es preciso, por eso, si no se quiere participar en ese turbio juego de complicidades tan descaradas, intentar tender puentes sobre esa enorme laguna, silenciosa y desconocida, de las actitudes y mentalidades de la mayoría de las gentes y pueblos de la Antigüedad, que permitan ir avanzando, poco a poco, en su conocimiento. Será, sin duda, una travesía difícil. Vale la pena estar preparado para ello. Pero, del mismo modo que una sociedad que aspire a ser justa (según el concepto rawlsiano de justicia; véase, J. Rawls, *A Theory of Justice*, Cambridge, 1971) debería primar, al máximo, al beneficio de los menos beneficiados, una historia que pretenda ser justa debería ir pensando ya, sin más dilación, en favorecer, en discriminar positivamente, a los que fueron más, por su número y por las desgracias padecidas, y, sin embargo, siguen siendo menos atendidos. Porque ya no nos vale el «no se puede». Dígase, claramente: «no se quiere», o iníciase, en buena hora, el camino. Será, es verdad, una aventura llena de riesgos⁹⁰, porque habrán de dejarse atrás unas metodologías «seguras», asentadas, probadas y veneradas durante siglos, para buscar otras que están aún por hacer. Habrá que llenar las alforjas de humildad y pedir ayuda a etnólogos, sociólogos, filólogos y folkloristas, que nos van precediendo en el estudio de la oralidad, para que nos enseñen a captar la riqueza de matices de «esas voces que nos llegan del pasado»⁹¹, vírgenes de escritura, de sus canciones y cuentos, de sus proverbios y chistes, de sus parodias y adivinanzas, de sus juegos de palabras y de sus fórmulas de saludo o de injuria, capaces, sólo ellas, de acercarnos un poco más a sus almas⁹². Vale la pena intentar adentrarse allá, detrás de ese horizonte oscuro y desconocido, porque, con toda seguridad, allí, se encuentra un universo histórico diferente.

cultural» y «hábito») para explicarse el mecanismo de transmisión ideológica, véase BOURDIEU, P., *Esquisse d'une théorie de la pratique*, París, 1972 y BOURDIEU, P. & PASSERON, J.C., *La reproduction sociale*, París, 1977. Los matices a esta perspectiva han sido desarrollados, según creemos, convenientemente, al rechazar, o mejor, al limitar el alcance de la «tesis de la ideología dominante». Puede consultarse, para enriquecer estos argumentos, BOVIER, J.C. (ed.), *Tradition orale et identité culturelle*, París, 1980; CIRESE, A., *Cultura egemonica e cultura subalterna*, Palermo, 1972; MUCHEMBLED, R., *Culture populaire et culture des élites*, París, 1978.

⁹⁰ La aventura la he acometido por mi parte. Cf. «Lucha de clases e ideología: introducción al estudio de la fábula...» y «Lucha... aproximación temática...» *cits*.

⁹¹ Por evocar el sugestivo título de la obra de P. JOUTARD, *Ces voix qui nous viennent du passé*, París, 1983, una de las más decididas reivindicaciones de la oralidad.

⁹² Aunque, en verdad, difícilmente lograrán oír aquellas voces quienes hoy viven sus vidas insensibles a las contradicciones de nuestro mundo.